



Entre las jóvenes aristocráticas que disfrutan más simpatías en la sociedad madrileña figura la bella señorita María Teresa Márquez de la Plata, hija del general de Artillería del mismo apellido, don Rafael. Al publicar su retrato en nuestra primera página, no hacemos más que sumarnos al número de sus admiradores.

Fot. Kaulak.

EL ARTE JOVEN DE AMÉRICA

LAS MARINAS DE BENITO QUINQUELA MARTÍN

Como antes y siempre los productos de su suelo, los países americanos de origen español nos remiten ahora sus productos espirituales, para que en la vieja metrópoli obtengan la máxima y definitiva consagración. Sus grandes literatos y poetas alcanzaron entre nosotros la popularidad. Rubén Darío, Vargas Vila, Ingenieros, Amado Nervo, Icaza, Santos Chocano y tantos otros quedaron incorporados a los nuestros, y su obra forma ya parte del acervo intelectual común. Más recientemente triunfaron en España sus actores más eminentes: la Fábregas, Blanca Quiroga, Esperanza Iris, Nieves Lasa, Muño y Alippi, y autores dramáticos como Florencio Sánchez, el padre del teatro argentino, García Velloso y otros, quedaron justamente consagrados por la crítica... Es un arte joven, vigoroso y sano, que aspira a ocupar un puesto al lado de los pueblos que representan las viejas civilizaciones.

El arte joven y fuerte de América empieza a mandar ahora sus representaciones pictóricas. La avanzada de estos artistas viene de la Argentina, el gran país laborioso y productor, que ha de ser portaestandarte de la naciente civilización sudamericana. Hace diez años casi no había pintores en la Argentina, ni en ninguna de las naciones americanas de origen hispano, y nuestros artistas monopolizaban aquel mercado. Desde hace poco la Argentina cuenta ya con un grupo de pintores estudiosos, originales y de gran mérito algunos, y es posible que dentro de un breve plazo se pueda organizar una gran Exposición de Pintura Argentina. Como anticipo de esta esperanza, se nos ofreció hace pocos años una interesante Exposición de ensayo, de tanteo, en la que pudimos apreciar las obras de varios jóvenes pintores, no formados aún, pero que llevaban en su espíritu un germen vigoroso. Venían de París, influenciados por extrañas escuelas, tocados algunos por modernismos malsanos; pero en las producciones individuales podían apreciarse intuiciones y talentos no despreciables, y en la obra colectiva se encontraba un atisbo de arte en formación, un tanto arbitrario, un poco bárbaro, pero lleno de promesas.

Los artistas argentinos, literatos o pintores, ponen más sus miras y sus sueños en París que en Madrid, dejándose influenciar por un arte que les deslumbró, pero que no es el más acomodado a los anhelos, a los sentimientos y a los ideales de la propia raza, que tiene en nosotros su castiza e indestructible raigambre. Para evitar o neutralizar esas influencias, que pueden ser perniciosas, aunque siempre es provechoso el estudio de extrañas escuelas, sería conveniente encauzar la emigración de los pintores argentinos, y en general de los americanos hacia España, para que aquí formaran sus personalidades en el estudio de los grandes maestros españoles. Y así como Francia crea la Casa de Velázquez, para que sus artistas puedan venir a estudiar nuestras escuelas pictóricas, es necesario, indispensable, para conservar y fomentar la unidad espiritual de la raza, que las naciones hispano-americanas creen la Casa de América, con fines artísticos puramente; que no todo ha de ser gro-

sera materialidad. He aquí una idea provechosa que deben estudiar y madurar los que actúan como directores de la masa social.

En los pasados días ha llamado justamente la atención, en el Salón permanente del Círculo de Bellas Artes, una Exposición interesantísima, que es, en verdad, una valiosa muestra del arte joven de la Argentina. Los críticos más autorizados han hecho de ella el merecido comentario, y buen golpe de aficionados y curiosos acudieron a diario para admirar las obras presentadas, veinte en total, marinas todas ellas. Y ha habido que rendirse a la evidencia. En esos lienzos, de gran tamaño algunos, de técnica arbitraria, que no es dable clasificar en ninguna escuela, palpita una vigorosa personalidad artística, muy digna de estudio. Este pintor argentino, que atrae y mueve a simpatía, es Benito Quinquela Martín, uno de los más notables artistas de su país.



«Una calle en la Boca del Puerto»; motivo de inagotables inspiraciones para el gran marinista Quinquela Martín.

Visitando la Exposición de las marinas de Quinquela, tan personales, tan apartadas de las reglas conocidas en las escuelas tradicionales, pensamos que este joven pintor, caso curioso y extraño de autodidactismo, que se ha formado solo, mirando y admirando la Naturaleza, sin aprender nada de nadie, es como la encarnación de todo el arte argentino. Es todavía un arte inseguro y balbuciente, lleno de inquietudes y vacilaciones, negación de la técnica, que se forma difícilmente, falto de direcciones pujantes y firmes. Pero en el fondo late un germen vigoroso, lleno de inspiraciones, de atisbos admirables, que pronto podrá llegar a ser una personalidad fuerte y digna de ser tenida en cuenta. Así es, en efecto, este pintor nuevo, inspirado y genial, de amplia pincelada, enamorado del sol, que se nos ha mostrado en las seductoras marinas, de arbitrario procedimiento, del Salón del Círculo de Bellas Artes.

Nadie entre nosotros conocía al joven y notable artista argentino. ¿Quién era Quinquela Martín, ese marinista de apartadas tierras y lejanos mares, que llega de pronto y da a la actualidad artística una nota tan segura y valiente? Alberto Ghirardo, el notable escritor y poeta argentino, hace años expatriado, nos lo ha revelado en los cuatro vigorosos trazos de una acertada semblanza:

Franco, impetuoso, emotivo, fuerte y lleno de sugerencias—nos cuenta Ghirardo—, este ar-

tista argentino, este hombre nuevo de América, que acaba de arribar a España, es uno de los pocos pintores, con sello personal, con características propias, que hoy manchan telas en el mundo.

Hijo del suburbio bonaerense—criado en un medio hurano y melancólico, en las riberas de un riacho, brazo de mar, jirón de puerto de la más populosa de nuestras capitales, donde la vida es tumulto y vértigo, en las horas febriles del trabajo y tristeza, poesía y silencio elocuentísimo, en las del descanso de los forzados modernos—, pasó su infancia, doliente, envuelto en el tráfigo de los barcos que llevan y traen mercancías, al lado de gentes toscas; se hizo adolescente entre ellas, y, antes de ser hombre, confundido en el humo de las usinas y el polvo del carbón, que él, en sus aún débiles hombros, cargaba para alimentarlas, sintió en su inteligencia y en su sangre el fuego sagrado del arte que ya, para siempre jamás, debía ser llama perenne, en la que, como todos los predestinados, arderá hasta consumirse.

¡Y qué vida extraordinaria la suya! Escuchad y ved una vez más cómo el dolor, fuerza creadora por excelencia, es luz que, si no ciega o mata, lleva, indefectiblemente, fatalmente, a las más altas cumbres del espíritu.

Huérfano, por abandono, desde el mismo instante de su nacimiento, salva misteriosamente su existencia en el asilo cristiano que le recoge, hasta que una mano piadosa se hace cargo del niño, reemplazando a los padres desertores.

Humilde, humildísimo, es el hogar donde el niño inclusero conoce y siente la primera chispa del amor humano. Chispa que luego ha de convertirse en lumbre redentora alimentada—¡oh ironía de la Naturaleza!—por el inmenso, el ternísimo,

el soberano corazón de madre de la mujer «estéril» que recogiera, amante y maternal, lo que el vientre fecundo repudiara...

Al hacerse hombre tiene que trabajar para vivir y para sostener a la madre «doptiva», y trabaja con ahínco y con fe en lo que ha visto en el puerto y en el riachuelo, en lo que tiene al lado, y toma parte en la carga y descarga de buques. En este medio ambiente de trabajo, de lucha y de sufrimiento, se desarrollan sus aficiones artísticas, que cultiva difícilmente, y se forma el pintor de generación espontánea, sin direcciones ni maestros de ninguna clase, pintando lo que ha visto siempre, el puerto y la boca, los buques que cargan y descargan en un tráfigo incesante, los modestos astilleros de las márgenes del riachuelo, hospitales de inválidos, donde se reparan patachos y barcazas... Tal es Benito Quinquela y tales fueron su aprendizaje y su arte. Al examinar las obras de este pintor extraordinario, no hay, pues, para qué hablar de técnica, de procedimiento, ni de escuelas. El suyo es un arte personal, propio y espontáneo; el procedimiento y la técnica son suyos únicamente y nadie más los seguirá. Gusta o no gusta; eso es todo.

En los cuadros que expuso Quinquela en el Salón del Círculo de Bellas Artes se admira un gran temperamento de pintor, que ha dejado en

los lienzos jirones de su espíritu. Es un artista sincero, enamorado de la realidad, que quiere pintar lo que ve, y lo hace por los procedimientos a su alcance. No exalta a la Naturaleza ni en el colorido exagerado, ni en las entonaciones transparentes, sino que quiere copiarla exactamente, tal como él cree verla. Como ha dicho de él un crítico americano, Quinquela Martín es una especie de Verhaeren de la pintura. Los temas de sus cuadros son constantemente los mismos: el puerto, el riachuelo y la boca, el agua y el cielo, los astilleros y los barcos bien amados.

Gusta Quinquela Martín de pintar grandes lienzos y de hacer composiciones complicadas, para tener el placer de vencer dificultades, como en el cuadro *Una tarde rosada*, de bello colorido, y el titulado *Una tarde en la Boca*, de complicada y mareante composición de barcos y cordajes. Dibuja con seguridad y con acierto y soltura dispone los planos luminosos; da la pincelada amplia, con decisión y valentía, y maneja el color con sobriedad; a veces recurre a los empastes, obteniendo de ellos grandes efectos, y otras veces llama la atención con exquisitas transparencias. En sus grandes composiciones acierta siempre a dar la sensación de movimiento y animación; una impresión justa y real de la vida agitada de los muelles y los barcos.

Además de los cuadros citados, son lienzos de bellos efectos de color *Día de sol en la Boca* y los titulados *Momento rosa* y *Momento azul*. Dan una impresión de realidad extraordinaria *Buques en descarga* y *Descarga de carbón*, en los que se percibe el tránsito de la vida marina, agitada y penosa. Cuadros muy entonados y sentidos los de análogo asunto *Buques en astillero* y *Buques en reparación*. Un alarde de luz es el titulado *En pleno sol*.

El notable pintor argentino es un apasionado del sol y de la luz. En su Exposición, ya clausurada, abundaban las impresiones y los efectos de sol. Y es justo reconocer que los trata con gran acierto, venciendo las dificultades. De

estas bellas impresiones vendió varias a inteligentes aficionados, y ésta es la más grata sanción para la obra de un artista.

Como avanzada del arte nuevo que viene de América, el pintor Quinquela Martín representa, no sólo una hermosa esperanza, sino una realidad muy digna de estima. Detrás de él vendrá la legión triunfadora, que consagre el éxito del arte joven y vigoroso de los países sudamericanos. Hay que tener fe en el porvenir y en los destinos de la raza, y hay que esperar de ella nuevos triunfos y nuevo auge, impulsada por esos grandes pueblos en formación.

LEÓN ROCH.

SEMBLANZA DEL ARTISTA

Quinquela Martín, el sublime artista, artista que nace, artista que no muere por que su espíritu vivirá eternamente con sus obras, no hijas de un estudio rutinario, sino hijas que nacieron espontáneas de un temperamento artístico que fué su fraternal amigo desde su triste infancia, y que le alentó en aquellos instantes en que abatido sentía la nostalgia de unos padres que no conoció y le añoraba el triunfo tras de una inmensa lucha; pero un triunfo mundial que al fin llegó, y que ante la evidencia hay que

En uno de sus famosos discursos dijo una vez D. Antonio Cánovas del Castillo:

—«Por la Patria y con la Patria siempre; con razón o sin ella...»

Las palabras del gran estadista las recordaremos constantemente.

reconocer, ofrendando homenaje como se lo ofrendamos en la madre España, que se enorgullece de un artista que considera suyo por ser un descendiente de aquella raza extendida en lejanos lugares, que va reconcentrándose en el tronco que aspira a cobijar a todos igualmente y se encuentra dichosa de haberlo realizado.

Los que conocen a Quinquela Martín se sienten atraídos hacia el joven artista que, con gran sencillez y sin verse arrastrado por ese orgullo que en algunos provoca el homenaje y laureles ganados, explica cómo hizo aquellos cuadros, paisajes que vivió, y aquellos hombrecitos, humildes cargadores, que fueron compañeros en los rudos trabajos a que se dedicaba, compaginándolos con su divino arte, y con los que aún convive y a los que no consiente le traten como al que se elevó, sino como a un amigo; amigo verdadero dispuesto al sacrificio si le necesitan, y se siente feliz cuando, rendido de espíritu y de cuerpo, va a descansar entre ellos, que le llaman hermano, pero que le veneran como a un dios, y ya dispuesto a cruzar el mar para mostrar sus obras, le despiden con lágrimas ansiando su regreso, que profetizan precedido de gloria.

Cumplida su misión, triunfante va a partir de nuestro lado, buscando que le inspiren nuevamente aquellos cargadores, aquel cielo, aquel puerto, las barcas y los buques, en sus futuras obras que ya va imaginando, y que continuarán dando gloria a su arte, que lo lleva en el alma, y ésta la pone en sus producciones transmitiéndolas vida.

Y con gloria se va, como ellos le agoraron, y como ellos sentimos que se separe de nosotros, mas nos deja algo suyo, pinturas espontáneas, sin mixtificaciones, sublimes, merecedoras de gran admiración, que con intenso aplauso le tributamos todos al despedirle como excelso artista.

R. CÁRCELES.

Madrid, Mayo de 1923.

CASA VICTORIA.— GRAN VÍA, 22

Ha sido expuesto en los salones de esta acreditada casa el «trousseau» de la bellísima señorita De Castro, hija del acaudalado propietario del mismo apellido, cuya boda con el señor Goicoechea se celebrará en breve.

La distinguida concurrencia que en estos días ha desfilado por la Casa Victoria para admirar el magnífico equipo confeccionado por esta casa (con modelos creación de la misma), ha podido admirar, entre las mil preciosidades allí acumuladas, una colcha de crespón blanco, bordada al realce en estilo Talla y fil tiré (creación exclusiva de la casa), otra de damasco color marfil con incrustaciones oro estilo antiguo, de sencillez y elegancia encantadoras.

En un ángulo del salón vemos un juego de cama en batis-ta de hilo, guarnecido de encaje legítimo de Inglaterra combinado con fil tiré, y una soberbia mantelería bordada al realce, representando escenas antiguas de caza, primorosamente ejecutada. Otro juego merece mencionarse que es un encanto, con guirnaldas bordadas y cuadros de malla ejecutados en la misma tela.

La ropa personal de la señorita De Castro es un alarde de buen gusto: el juego de novia, guarnecido de encaje Valen-

ciennes y fil tiré, acredita una vez más la Casa Victoria. Sería imposible de describir toda la serie de preciosidades y detalles de buen gusto derrochados en este equipo. Con la sencillez costosisima de la ropa interior, contrasta la seriedad de los kimonos bordados con arabescos negros, las combinaciones de crespón en malva negra y gris perla, cofias confeccionadas con gusto exquisito, y un sin fin de preciosidades, entre las que se cuentan: una colección de pañuelos de mano de encaje y guarnecidos de valenciennes otros, mantelerías para comida y té, alguna de éstas de estilo japonés novísimo, etcétera, etc.

En esta casa, el lujo y la elegancia encuentran amplio campo donde luce en todo su esplendor el arte unido a la sencillez más exquisita; así no es de extrañar que se vea tan favorecida por nuestra buena sociedad; esto puede comprobarse visitando la exposición permanente, instalada en lujosas vitrinas, en uno de los salones del Palace-Hotel, y los numerosos encargos de «trousseaux» que constantemente recibe, por lo que muy pronto la veremos colocada entre las primeras de la Corte.

M. C. DEL PERAL.

EL SR. LLANOS Y TORRIGLIA, ACADÉMICO DE LA HISTORIA

Catalina de Austria, Reina de Portugal.

A principios de mes se celebró en la Real Academia de la Historia la recepción, como académico de número, del ilustre escritor y ex subsecretario de la Presidencia don Félix de Llanos y Torriglia. Fué un acto muy brillante al que acudió numerosa concurrencia que saboreó las muchas bellezas del discurso de recepción. Y fué éste una «contribución al estudio de la Reina de Portugal, hermana de Carlos V, Doña Catalina de Austria.» Erudito y ameno, castizo siempre, el nuevo trabajo del Sr. Llanos y Torriglia es de un considerable mérito. Por estimarlo así, reproducimos algunos de sus párrafos, advirtiendo que, excepto los últimos, no son continuación uno de otro.

Gobierno del marqués de Denia.

«Fué base del orden que quiso implantar el rey Carlos en casa de su madre el nombramiento para gobernador de ella de D. Bernardo de Sandoval y Rojas, marqués de Denia, de cuyas dudosas artes para regir la indudablemente complicada mansión hablaron con contradictorias apreciaciones los contemporáneos y la posteridad: sírvale, en todo caso, de excusa que no era fácil conciliar respetos a la realeza con prevenciones contra la vesania. Aquella señora que no se lavaba, que a duras penas oía misa, que tan pronto se ponía el chupirón en la cabeza para echarse a la calle como se empeñaba en no alzarse del suelo de su cámara, que un día descalabraba a dos camareras arrojándoles a la cabeza unos barreñones, que otro conminaba con gran apremio al Tesorero a que le diera sus dineros «diciendo que todo es suyo y ge los den que los ha menester», y más adelante arremetía contra el propio Marqués reclamando el derribo de una pared y se ponía «tan brava que no podía con ella, que el calor así la pone», no debía de ser, para tratada por su mayordomo y loquero, una perita en dulce. Si a ello se suma que las mujeres de su servicio, ganosas de libertad, en cuanto veían un dedo de luz tomaban el portante y se iban por el pueblo («que no hay boda ni bautismo ni mortuorio que les toque en la cuarta generación a que no van»), lo cual obligaba al Gobernador a atarlas corto, dando pretexto con ello a que se le desmandasen e hicieran «motín como soldados»; que las gentes de la villa, y aun muchas de fuera, incitadas por las mismas mujeres, corrían la voz de que doña Juana estaba más cuerda que Salomón y propalaban que Denia la tenía encarcelada, voces que más de una vez tentaron al Marqués a dejarla salir a Santa Clara, «porque la gente se acabe de desengañar» (pero no se resolvió a ello por «la vergüenza de V. M. y de vuestros vasallos» y porque «hay otras cosas» a que se ha de tener más respecto), y que, por colmo de desgracia, Tordesillas estuvo a punto de dañarse por la epidemia y se empezó a pensar en llevarse de allí a Reina e Infanta — sazón que por cierto le pareció de perlas a Carlos para intentar dar a su madre un fúnebre *cambiaso* haciendo una caja de madera análoga «a la en que S. A. está», con el designio de sacarla en andas cual de costum-

bre delante de doña Juana, diciéndola que allí iba el cuerpo del Archiduque, que mientras tanto se proveería cómo llevarlo a Granada—, fuerza será convenir en que el tal cargo de Gobernador del palacio de la Reina de Castilla, por muchos gajes que tuviera, era pintiparado para exasperar los nervios al más calmoso y muy expuesto a incurrir en continuos desaciertos.

Sin duda debió ser el mayor de ellos no distinguir por entero entre el régimen que requería la invalidez de doña Juana y el que demandaba la inocente mocedad de Catalina, la cual sufría las consecuencias, tanto de los excesivos rigores con que se rodeaba a la Reina como de la falta de tino con que, ora por descuido, ora por demasia, procedían respecto de la real muchacha

natural, por el consecuente desvelo de su director espiritual, el venerable guardián franciscano fray Juan de Avila, «mi maestro desde la niñez — escribía ella— y siempre con mucho cuidado me ha doctrinado». Mas si en este orden pecaba el ducal matrimonio de confiado y olvidadizo, caía en el extremo opuesto cuando exageraba rigores de orden material, celando la correspondencia de Catalina, acentuando la limitación de sus contadas salidas, negándole el uso de sus vestidos y no haciendo diferencia en lo público entre el rango de sus propias hijas y el de la hija de su señora. Verdad es que toda vigilancia les parecería poca, y peligrosa cualquier facilidad, pues si, por desgracia, un día, soliviantada por cualquier llamamiento del exterior o secuestrada de nuevo por sus hermanos, volviera a desaparecer de Tordesillas la Infantita, de temer era que cometiese doña Juana un estrepitoso desahogado. Así lo tenía anunciado. Como en cierta sazón oíera en llamar a cada rato a la hija y le preguntasen por qué lo hacía, respondió: «Porque he miedo que el Rey mi Señor me la ha de tomar, y por buena fe que, si tal fuese, me echase por la ventana abaxo o me matase con un cochillo.»

Buen humor de la Corte.

No; la Corte de Juan III, si no era ciertamente rival, para honra suya, de las de Enrique VIII o de Francisco I, fué del tipo general de las de su época. Y por lo que vimos poco ha, ni siquiera las habitaciones de Catalina eran un cerrado gineceo. Ciertamente que la Reina, a cuya guarda estaban meninas tan hechiceras, andaba con cien ojos. ¿Y cómo no, si incluso el viejo Duque de Coimbra había perdido la chaveta por la infantil María Manuel, y si hasta llegó el caso de sorprender a un cierto noble asaltando de noche los aposentos de otra de ellas, doña Juliana de Meneses, demasia redondamente intolerable (por más que los poetas sus coevos la excusaran diciendo

que, aunque fuera feo el hecho,
era hermosa la razón)

y que terminó indultando al atrevido de la pena de muerte a que se le condenó, pero a condición de contraer inmediatamente otro matrimonio, con lo cual «después de perdonado de cochillo se le executó de cazamiento?». ¡Pues si cuando ya era un muchacho don Sebastián, al afearle que no concudiese a la cámara de su abuela, respondía que no

iba por que su maestro así se lo aconsejaba a causa de las damas, «que eran unas donas *sin-fainas* que facia perder os homens!» Evidentemente fué amañada la reputación de hurfía mojigatería de que, cuando convino, se rodeó la memoria del hijo de don Manuel y la de su casa. A docenas se refieren bromas y anécdotas que desautorizan tal supuesto. En ella, por ejemplo, se presentó un día don Simón de Silveira vestido de primaverales sedas; era abril, pero hacía frío de enero; y al admirarse los cortesanos de su fresca ropa, contestó: «Hago lo que debo a abril; que abril haga lo que nos debe.» Frente al palacio de Cintra—y siguen los rasgos de buen humor—dióse, entre la algazara general, aquel chistoso caso del incumplimiento de una orden del Rey que, queriendo festejar determinado acontecimiento, y que para ello, en vez de agua corriera vino por el caño de una fuente, mandó que todo vecino llevase a un



Retrato de Catalina de Austria, Reina de Portugal, debido al pincel de Antonio Moro, que se conserva en el Museo del Prado.

depósito provisional de ésta una jarra con lo mejor de sus sendas bodegas; mas como cada quisque imaginase que, en el conjunto del líquido, no habría de advertirse la sustitución, las jarras fueron vertiéndose en el recipiente, a escondidas, llenas de clarísima linfa de los allí abundantes arroyos; y cuando, congregada la Corte entera, se dió vuelta al grifo entre la expectación general, un chorro transparentemente cristalino salió riéndose de la candidez del Monarca y de la travestura de sus vasallos. Vasallos que estaban acostumbrados a tratar familiarisimamente a sus Reyes. Doña Catalina fué siempre asidua visitante del barrio de pescadores, adonde se trasladaba frecuentemente en su litera la *santa velhinha*, metiéndose entre las barracas de venta, llamando por su propio nombre a las mujeres, acariciando a los chicuelos y recibiendo de las *raparigas*, en trueque de consejos y dádivas, *pãesinhos* molles que para ella expresamente cocían. Y era tal la llaneza con que solían tratar a Juan III sus criados que, como una noche, mientras hablaba con uno de ellos, sonaran equivocadas las horas, exclamó el Rey: «Gran mentiroso es ese nuestro reloj»; y el criado, ni corto ni perezoso, le replicó: «Si Vuestra Alteza quiere que hable verdad, mándele apartar de Palacio.»

El Palacio de la Ribera.

Y si de lo meramente personal, pesaba Catalina a pensar en el que fué principal escenario de su vida nupcial, aquel mismo Paço da Ribeira que ahora se vestía de luto por su dueño, cómo no le vendría a la memoria de la retina el ineludible paralelo entre la estancia reducida y descuidada donde nació su niñez en Tordesillas, con la gris y monótona hoz del Duero por todo accidente en el deslavado y mudo panorama, y las espléndidas cámaras donde, a los pocos meses de casada, instaló su hogar, tapizadas con opulencia de sedas, brocados y paños, alhajadas con cofres de Flandes, espejos de Venecia, almohadas de Holanda, vasos de la India, cojines de Tánger, braseros castellanos, sillones de cuero cordobés, bandejas alemanas de repujada plata, retratos de Tiziano, quizás de Rincón, de Morales, de Sánchez Coello, de Francisco de Holanda, todo ello iluminado por góticos ventanales abiertos tras manuelinas barandas desde las cuales se veía balancearse en las azules ondas del Tajo las naos que traían asiáticos presentes con noticias de la naciente Goa, relatos africanos de las proezas de don Duarte de Meneses y de don Juan de Castro, sorprendentes y no creídos mensajes de que allá en el fondo de los mares oceánicos, donde luego apareció definitivamente la Australia, surgía una isla inmensa, un cuarto continente desconocido? ¡Ah!, pues esa regia morada, depósito, testigo y embarcadero de tantas grandezas, fué afición singular de Juan III; él enriqueció su armería; él amplió el Museo contiguo o Casa de la India; él rehizo balcones, salas, escaleras, capilla, los propios aposentos de Catalina; él aproximó aun más al estuario estupendo el palacio paterno. Y la *triste raynha*, enlazando unos recuerdos con otros, vería desfilar por el Terreiro do Paço los magníficos carros dorados, forrados de terciopelo carmesí y arrastrados por caballos paramentados con caparazones de chamelote negro y pasamán de oro escarchado, por ser más bien muebles de inusitado lujo que vehículos utilizables, apenas si salieron algún día de las caballerizas de su llorado esposo; pensaría en las valiosísimas joyas de que era depositaria doña Mencia de Andrade y fueron un tiempo ornato de su dicha, las grandes cadenas de oro y pedrería, los collares de perlas, esmeraldas y rubies que colgaron sobre su busto, las manillas, las arracadas, las sortijas de diamantes, turquesas y camafeos, los hotones de Ceylán, los esmaltes de Francia, los miles de preseas que aun quedaban en su tesoro después de lo que llevó consigo la Princesa de Castilla; y, al despedirse para siempre con el pensamien-

to de las galas superfluas que exigencias del trono suspendieron de sus hombros como disfraz de la deleznable carne, reflexionaría la hacendosa Catalina que, si algún placer duradero le proporcionaron trapos y tocados, no fué el de vestirlos ni lucirlos sino el de servirse de ellos y de su hechura como de un pretexto para hallar en la labor distracción de sus no pocos pesares y para rodearse, en días enteros de trabajo, de lo que constituía su segunda familia: la

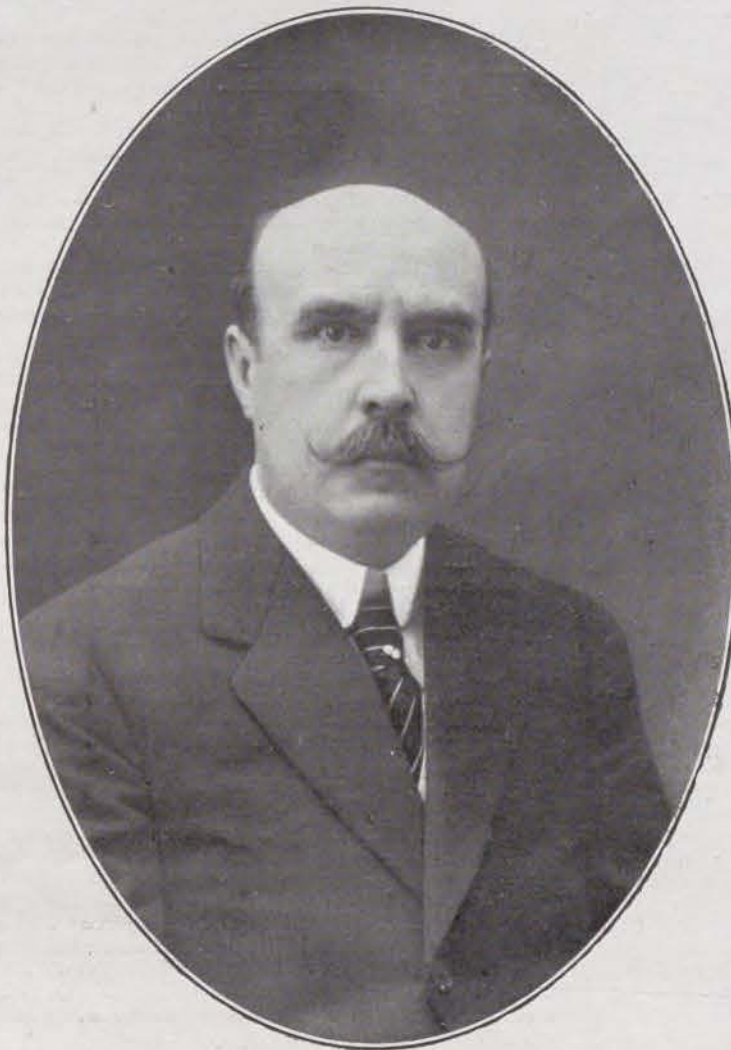
Camarera mayor, las damas de Palacio, las doncellas españolas y portuguesas de su cámara.

Labores de la Reina.

Y era que, fuera cual fuese su influencia sobre el esposo en lo tocante a los negocios públicos—influencia a la que, si sus detractores achacaron el establecimiento de la Inquisición, sus panegiristas atribuyeron la instauración de la Universidad de Coimbra—, Catalina mientras vivió Juan III, quiso ser y fué, por encima de todo, una mujer de su casa. Sin ñoñeces, que ya vimos que no practicaba ni sentía, dejando a sus servidoras en ocasiones libertad de expansión de que fueron testigos, por ejemplo, en las temporadas de recreo, los jardines de la *mata* de Cintra—cuyo bosquejo, teatro de pintorescas meriendas y bucólicos amatorios, conservó en las cortezas de los árboles, durante mucho tiempo, trovas, letras y divisas que tallaron en ellas las flechas de Cupido—, la amparadora égida de la llana señora extendiase sobre las mujeres de su servicio al calor de la familiar convivencia en que alternaba con ellas, tanto a la hora del *rezo* en común como a las de los esparcimientos colectivos y las concertadas manufacturas. No eran éstas tarea penosa para la Reina, pues por su parte con tal ardimiento se entregaba a la labor que, loando un autor la «*idade de ouro e tempo santo*» de los días de Catalina, refiere que ésta, a causa de «la sequedad que le producía el hilar, tenía siempre al lado un búcaro con agua en el que mojaba los dedos mientras hacía corporales para las iglesias»; mas no se crea tampoco que sólo para objetos del culto manejaba el huso, la aguja y el punzón. Placíanle, asimismo, cuando menos como entretenimiento, los adornos mundanos: «con la prisa de la Princesa—escribía la madre a raíz de la jornada nupcial de María— no tuve tiempo para quedarme con muestras de las labores blancas que ella llevó en sus gorgueras y toallas, por lo cual os encargo mucho que me mandéis sacar en seguida muestras de dichas labores». Y de fijo que la ignorada persona a quien hacía tal encargo se desviviría por satisfacerlo, pues era tan notoria la afición de la Reina a las labores que hasta los Embajadores de su marido, puestos a contribución por ella para comisiones de mercería,

se daban la mejor maña que podían en dar cumplimiento a sus circunstanciadas instrucciones sobre compras y envíos de hilos, cintas y sedas. Dígalo sinó la correspondencia cruzada entre Catalina y el comendador mayor de la Orden de Cristo don Alonso de Lencastre cuando éste fué a Roma como enviado extraordinario para besar la sandalia al nuevo Papa Julio III; en ella se ve cómo tan encopetado personaje, no considerando denigrante desempeñar el cominerio papel que hoy, sin desdoro, creo yo que no tomaría sobre sí Embajador de corte alguna, aunque estuviera acreditado en la más elegante de las capitales, compra varas de tela «como la muestra», cuida de enviar los más que puede de ciertos polvillos que habían parecido muy bien en el Palacio de la Ribera, escoge cintas anchas y estrechas de oro y colores con especial condición de que «donde entra rojo, entre negro», etc.; y se descarga tan hábilmente de la incumbencia (a pesar de que había de apreciar si el oro era «muy fino» y el tejido «muy delgado y blando») que, conforme las va recibiendo, se apresura la Soberana a decirle que holgó mucho «com as cousas que me enviasteis» por ser todas «muito boas e de muito meu contentamento». ¡Qué placidez de vida interior acusan, si bien se mira, estas insignificantes menudencias! ¡Cuánto habría de prescindir de tales inocentes frivolidades doña Catalina, al morir don Juan, abandonando el argadillo y la lanzadera para empuñar el cetro de la Regencia!

El Sr. Llanos y Torriglia fué calurosamente aplaudido al terminar la lectura de su discurso. El conde de la Mortera, en nombre de la Corporación, hizo un gran elogio del nuevo Académico.



El ilustre escritor don Félix de Llanos y Torriglia, que ha tomado posesión de su puesto de Académico de la Historia.

BODAS DE DIAMANTE DE "LA ÉPOCA"

La Epoca, el veterano diario de la noche, honra de la Prensa española, en el que tanto hay siempre que aprender y que admirar, ha entrado en el año setenta y cinco de su publicación.

Y para celebrar sus bodas de diamante ha publicado un número extraordinario en papel *couché*, con fotografías y varios interesantísimos artículos.

Forman la artística parte gráfica los retratos de SS. MM. el Rey y las Reinas Doña Victoria y Doña Cristina; de los sucesivos jefes del partido liberal-conservador, desde don Antonio Cánovas del Castillo a don José Sánchez Guerra; del fundador de *La Epoca*, conde de Coello de Portugal; del primero y segundo marqués de Valdeiglesias—éste su actual director—y del decano de sus colaboradores, el secretario de la Real Academia de la Historia, don Juan Pérez de Guzmán; un grupo de la redacción del colega y una fotografía de la casa de *La Epoca*.

La parte literaria va encabezada con efusivos renglones de los señores Sánchez Guerra, Sánchez de Toca y conde de Bugallal, y tiene artículos de don Mariano Marfil, el marqués de Valdeiglesias, don Luis Araujo Costa, *Loón Rooh* y M. F. A., en los que al relatar la vida de *La Epoca* se hace un resumen de la historia política de España durante los últimos setenta y cinco años.

Al final del número hay una parte dedicada a la Prensa diaria madrileña, con el detalle de la antigüedad de cada periódico, y otra consagrada a efemérides mundiales de lo que va de siglo. Es un trabajo interesante y curioso, que puede ser de gran utilidad.

Unimos nuestra calurosa felicitación a las muchas que con este motivo han recibido el director y la redacción del gran periódico, que ha sabido—y es cosa bien difícil—mantener y acrecentar su prestigio a través del tiempo.

EN EL MES DE LAS FLORES BODAS ARISTOCRÁTICAS Y PETICIONES DE MANOS

La Srta. de Floridablanca y el duque de Almenara Alta



La señorita de Floridablanca y el duque de Almenara Alta, después de su enlace. (Fot. Marín.)

En la bella iglesia de Nuestra Señora del Rosario, que en la calle de Torrijos hizo construir a sus expensas la ilustre marquesa de la Lapilla y de Monesterio, se celebró, a principios de mes, la boda de la bellísima señorita María de los Dolores Castillejo Wall, hija de la condesa de Armildez de Toledo, viuda de Floridablanca, con el joven prócer D. Francisco de Martorell y Téllez-Girón, duque de Almenara Alta.

Aunque por reciente luto de la novia se efectuó la ceremonia en familia, este enlace constituyó un grato acontecimiento para la sociedad madrileña, por unirse en él dos familias ilustres y respetadas de nuestra aristocracia. A dar la mayor realce contribuyeron SS. MM. los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, que se dignaron apadrinar a los novios.

La nueva duquesa de Almenara es hija del difunto don Juan Castillejo y Sánchez de Teruel, conde de Floridablanca y de Villanueva de Codvijar, grande de España, y de la actual condesa de Armildez de Toledo, doña Concepción Wall y Diago.

Por línea paterna desciende de la noble Casa de los Oviedo Castillejo, maestranse y caballeros veinticuatro de Granada.

Fue hermano de su tercer abuelo el célebre ministro de Carlos III, primer conde de Floridablanca. Por esta misma ascendencia fue su tercera abuela doña María Ana de Pontejes, marquesa de Casa Pontejes, condesa de la Ventosa.

Desciende por su abuela paterna de la noble Casa de los Teruel, conquistadores de Granada, condes de Villanueva de Codvijar, parientes de Santa Teresa de Jesús.

Su madre, la condesa de Armildez de Toledo, procede de la baronía de los Wall, nobles irlandeses.

Por los Alfonsos de Sousa desciende de los marqueses de Guadalcázar, condes de los Arenales, y por los Guzmán, de la gran Casa de los condes de Oñate, marqueses de Montealegre.

Su abuela materna, recientemente fallecida, era descendiente de la noble Casa de los Tirry, de Irlanda, luego, en España, marqueses de la Cañada.

El novio, D. Francisco de Borja Martorell Téllez-Girón Fivaller Fernández de Córdoba, duque de Almenara Alta, marqués de Albranca, es jefe de la Casa de Fivaller, honrada con la distinción ducal por Alfonso V, enlazada con los Pacheco, Aragón, La Cerda, Spinola, Doria, Silvela, Moncada y Fonseca.

Por el enlace de doña María de las Mercedes Fivaller y Centurión Orsini, marquesa de la Lapilla y de Paredes, hija del duque de Almenara Alta, marqués de Villa (título éste al que se concedió la Grandeza de España por la heroica defensa que hicieron de la villa de Molina en la guerra de Sucesión los entonces marqueses de Villé), con D. Gabino Martorell y Martorell, marqués de Albranca, llevan como primer apellido el de Martorell, de uno de los linajes más ilustres de Cataluña, que lleva su nombre del solar de aquella villa.

El difunto padre del actual duque, D. Ricardo, casó con doña Angela Téllez-Girón y Fernández de Córdoba, hija de los duques de Uceda y de Escalona y nieta del duque de Medinaceli y de duquesa de Denia.

El joven prócer estuvo en la última campaña de Melilla, a raíz del desastre de 1921. En coches de Palacio, de los llamados de «Paris», llegaron al templo los novios y sus padrinos. Representaban a los Reyes la madre del novio, duquesa viuda de Almenara Alta, que llevaba traje blanco, y mantilla negra y se adornaba con valiosas joyas, y el hermano de la novia, conde de Floridablanca, que llevaba el uniforme de gentilhomme de Su Majestad.

A los acordes de una marcha nupcial llegaron al presbiterio, a cuyos lados se colocaron los testigos.

Eran éstos, por parte de la novia, su hermano el conde de Arenales y sus tíos los marqueses de Montefuerte y Martorell y D. José Rubio Castillejo, hijo del marqués de Valdeñores, y por el novio, los duques de Medinaceli y Osuna, el marqués de Menas Albas y los condes de Darnius y Peñaranda de Bracamonte. Todos iban de uniforme.

La novia, que estaba bellísima, llevaba precioso traje de *crêpe marocain*, bordado en perlas y cristal, y gran velo de encaje. La cola era llevada por el niño Gabrielito Squella, hijo de los marqueses de Menas Albas.

El novio vestía el uniforme de gala de la Maestranza de Valencia.

Bendijo la unión el obispo de Madrid, arzobispo preconizado de Valencia, doctor Melo, quien pronunció una sentida plática.

Durante la ceremonia, una notable orquesta, con acompañamiento de voces, ejecutó diversas composiciones.

Después de firmar el acta matrimonial, los duques de Almenara Alta descendieron a la cripta para orar ante los sepulcros de sus antepasados. Luego se trasladaron al Real Palacio, para dar gracias a SS. MM.

Asimismo fueron a casa de su abuela, la duquesa viuda de Uceda, cuyo estado de salud le impidió asistir al acto.

En casa de la condesa de Floridablanca se sirvió un almuerzo, al que asistieron solamente, a causa del reciente luto, los testigos y la familia más cercana, entre ella la duquesa de Medina de Rioseco, tía carnal de la novia.

Entre las damas que estuvieron en la iglesia recordamos a las duquesas de Medinaceli, Osuna, Estremera, Lerma y



Los duques de Almenara Alta en el acto de recibir la bendición nupcial del obispo de Madrid, Sr. Melo. (Fot. Marín.)

Montalto; marquesas de Aldama, Castromonte, Villa de San Román, Montealegre, Montefuerte, Prado Ameno y Menas Albas; condesas de Arenales, Paredes de Nava y Peñaranda de Bracamonte; vizcondesa de San Enrique, y señoras y señoritas de Ruspoli, Ruiz de Arana, Prado Ameno, Portugalete, Vega de Boecillo, Buena Esperanza, Márquez (D. José), Márquez y Castillejo, Martorell y Téllez-Girón, Castillejo y Wall. Los recién casados salieron para San Sebastián, y desde allí continuaron su viaje a París. Sean muy felices.

La Srta. de Gonzalez Estrada y D. Enrique de Valenzuela

El mismo día, por la tarde, en la iglesia de San Jerónimo el Real, hubo otro aristocrático enlace: el de la encantadora señorita cubana Trinidad González Estrada con el capitán de Artillería D. Enrique de Valenzuela y Urzáiz.

Entraron los novios en la iglesia del brazo de sus padrinos, que fueron doña Joaquina Urzáiz de Valenzuela, madre del novio, y el padre de la desposada, D. Urbano González y Fernández.

La señorita de González Estrada estaba guapísima con sus galas de novia. Su vestido era de tisú de plata y se tocaba con una especie de tiara rusa. El manto era de auténtico encaje de Bruselas. El novio vestía el uniforme del Arma a que pertenece.

Después de los novios, y siguiendo la costumbre cubana, avanzó la corte de honor, compuesta de ocho preciosas señoritas amigas de la desposada, a quienes daban su brazo ocho capitanes de Artillería, compañeros del contrayente. Las muchachas, que vestían todas de rosa con sombrero de paja azul, eran las señoritas María Teresa Prieto, Concha Rodríguez, Luisa González Prieto, Cristina Ros, Luisita Pumariega, Lolita Díaz, Lolita F. del Río y Lolita Pedroso. Los caballeros fueron los señores Planell, Pérez Montero, Echanove, Mareide, Salinas, G. del Castillo, Moya y Tourné.

Como testigos firmaron el acta, por parte de la novia, el ministro de Cuba, Sr. García Kohly; D. Francisco Navarro, D. Antonio Monasterio, D. Gaspar Vizoso y D. Antero Prieto, y por parte del novio, el marqués de Portugalete, los condes de Sobradieil e Isla; el coronel de Artillería Sr. Montesinos y D. Joaquín de Valenzuela, hermano del contrayente.

Durante la ceremonia, que bendijo el padre agustino Graciano Martínez, quien pronunció una sentida plática, el Sr. Chao cantó muy bien un aria de Händel.

Terminada la ceremonia, la numerosa y distinguida concurrencia que asistió al acto fué obsequiada en el hotel Ritz con un espléndido *lunch*. Los señores de Valenzuela salieron para Barcelona, desde donde prosiguieron su viaje de novios por Andalucía y otras regiones de España. Hacemos votos por su eterna ventura.

La Srta. de García-Lomas y Cossío y D. Felipe Abella

La iglesia del Real Monasterio de la Encarnación se vistió de gala para presenciar el enlace de la bella señorita María de la Concepción García-Lomas y de Cossío, hija del fallecido senador, con el oficial de Infantería D. Felipe Abella y Moreno Ossorio. La gentil desposada vestía un elegante traje de *lamé* de plata.

Apadrinaron a los contrayentes la madre del novio, señora de Cano, y D. José María García-Lomas, hermano de la desposada.

Firmaron el acta como testigos, por parte de ella, su hermano D. Juan, su tío D. Manuel de Cossío y los señores don Buenaventura Muñoz y D. Angel Piñán, y por parte del novio, su tío el conde de Fonta, su hermano y su primo, respectivamente, D. Fernando y D. Joaquín Abella, D. Leopoldo Cano y el coronel del regimiento de León, Sr. Zuvillaga.

La ceremonia se celebró en la intimidad a causa del reciente luto de la novia, y los nuevos señores de Abella, que recibieron muchas felicitaciones, salieron para El Escorial y varias poblaciones de Italia y Francia. Sean muy dichosos.

La Srta. de Villalva y el Sr. Armada y Rivas.

En la iglesia parroquial de la Concepción, bellamente adornada, fué la boda de la bellísima señorita Carmen Villalva Aguirre, hija del bibliotecario del Congreso y oficial primero de la Secretaría del Consejo de las Ordenes Militares, D. Federico Villalva, con D. Ramón Armada y Rivas, perteneciente a ilustre familia de Galicia.

La novia, que vestía precioso traje blanco, llamó la atención de todos por su belleza.

Bendijo la unión el Rdo. P. Ramonet, que pronunció luego una sentida plática.

Siguiendo la costumbre de Méjico — en donde reside habitualmente el Sr. Armada —, hubo dos clases de padrinos: de boda y de velaciones. Fueron los primeros doña Julia Aguirre de Villalva, madre de la novia, y el director gerente de la Tabacalera mejicana, D. Eugenio Alvarez Mellado, y los segundos, doña María Magdalena Cano de Alvarez y D. Federico Villalva.

De testigos actuaron, por parte de ella, el general don Manuel Tourné, el inspector general de Palacio D. Luis Asúa, el teniente coronel D. Manuel de Llanos y Torriglia y sus tíos D. Andrés y D. Alfonso Aguirre, y por parte del novio, el presidente del Consejo del Banco Hispano-



La señorita de González Estrada y D. Enrique de Valenzuela, recién casados. (Fot. Marín.)



La señorita de García Loma y Cossío y D. Felipe Abella, al salir de la iglesia. (Fot. Marín.)



Los nuevos señores de Valenzuela y Urzáiz con ocho parejas de muchachas y oficiales que formaron la corte de honor de la novia. (Fot. Marín.)



La señorita de Villalva y el Sr. Armada y Rivas, después de recibir la bendición nupcial. (Fot. Kaulak.)

Americano, D. Antonio Basagoiti; los consejeros del mismo D. Adolfo Espinosa y D. Clemente Zaldo, D. Dionisio Román Zaldo, y el doctor Vallejo.

Al acto asistió numerosa y distinguida concurrencia, entre la que figuraban los duques del Infantado, los condes de Santa Engracia y de Castillo Fiel; las señoras y señoritas de Basagoiti, Román Zaldo, Zaldo, Muriedas, Mellado, Núñez Arenas, Llanos Torriglia, Prast, Isasa, Aguirre, Maldonado, Sans Huelin, Pastor y otras muchas.

Después de la boda, los concurrentes fueron obsequiados en un salón de la iglesia con un espléndido *lunch*.

Al mediodía los nuevos esposos, con sus padrinos y testigos y personas más allegadas, se reunieron a almorzar en Tournié.

La bella y distinguida señora de Alvarez Mellado y su esposo, hombre de brillante posición que es en Méjico una relevante personalidad, obsequiaron luego a los invitados con una interesante excursión.

Los nuevos señores de Armada y Rivas marcharon aquella misma tarde, en automóvil, a Toledo y Andalucía, y el día 21 embarcaron para Méjico, pues él está destinado en aquella Tabacalera.

A los votos por su eterna felicidad que han formulado todos sus buenos amigos, unimos los nuestros muy sinceros y cariñosos.

Diversas bodas en Madrid.

Entre otros muchos enlaces celebrados en los últimos tiempos en Madrid, recordamos los siguientes: en la iglesia del Santísimo Cristo de la salud, el de la señorita María de las Mercedes Fernández Silvestre, hermana del malogrado comandante general de Melilla, con el capitán de Infantería de Marina D. Domiciano Fermín Villalobos y Belsol; en la capilla reservada de la de la parroquia de Santa Bárbara, el de la señorita Josefina Corominas y Puig con el capitán de Estado Mayor D. Luis Martín Montalvo y Gurrea; en la iglesia parroquial de San José, el de la señorita Angeles Lanzarote y Pellicer con D. Jerónimo Torres de Parada; en la iglesia del Asilo de Huérfanos del Sagrado Corazón, el de la señorita Mercedes Rivera y Aspiroz, hija de los marqueses de San Nicolás de Nora, con D. Enrique Arias y G. de la Noceda; en la parroquia de San Jerónimo, el de la señorita María Cristina Laufer, de distinguida familia alemana, con el joven abogado D. Luis Armiñán y Beltrán; en la parroquia de la Concepción, el de la señorita América Molinero y Manrique con D. Tirso Febrel y Contreras, hermano del conde de Peñalva, y el de la señorita María del Carmen Medina y López Quesada con D. Alfonso de la Cuadra y Escrivá de Romani, perteneciente a la ilustre familia de los condes de Sástago, y en la parroquia de San Ginés, el de la señorita Matilde Pradillo de Osmá con D. Ernesto Botella y Montoya, siendo padrinos la señora de Botella y don Manuel Pradillo, padre de la novia.

También se han celebrado las bodas: de la se-

ñorita Soledad Burón con el distinguido ingeniero de Caminos D. Manuel de Granda y Villar; de la señorita Carmen de Alvear y de la Colina y el marqués de Revilla de la Cañada; de la señorita Carmen Sepúlveda y el arquitecto don José María Castell, y de la señorita Carmen Pombo y Polanco, de distinguida familia montañesa, y el abogado D. José Manuel Rodríguez de Campomanes, siendo apadrinados éstos por la señora de Nardiz, hermana de la desposada, y D. Luis Rodríguez de Campomanes, hermano del novio.

A todas las nuevas parejas deseamos eternas venturas.

En provincias y en el extranjero.

En Barcelona han contraído matrimonio: la señorita María del Carmen de Sicart, hija de los condes de Sicart, con el joven aristócrata y maestrante de Sevilla, D. Roberto de Mencos y Ezpeleta, hijo de la marquesa viuda del Amparo, y la señorita Montserrat de Caralt y Puig con el distinguido joven D. José María de Cuadras y Felú, primogénito de los condes de San Lloréns de Munt; en Valencia, la señorita Isabel de Trenor y Arróspide, hija de los marqueses de Serdañola, con el capitán de Artillería D. Alfonso Pons y Lamo de Espinosa; en Alicante, la señorita Gracia de la Torre con D. Joaquín Escrivá de Romani, marqués de Benalúa; en Murcia, la señorita Emilia Díez de Revenga, hija del ex director general de los Registros y diputado a Cortes D. Emilio Díez de Revenga, con el abogado D. Juan Bautista Vidal Abarca; en Zaragoza, la señorita María Antonia Ram de Viú, hija de la condesa viuda de Samitier, con don Jorge de Arévalo y Pinlay; en Pola de Siero, la señorita Sabina Herrero y Guisasaola con el jurisperito D. Antonio Óchoa y Olavarrieta, y en Valladolid, la señorita Carmen Martínez de Azcoitia y Rodríguez y D. Manuel Calderón y Martínez de Azcoitia, sobrino del ex ministro del Trabajo D. Abilio Calderón.

En Londres se ha efectuado el enlace de la señorita María Gilbey Gordon con su primo don Ricardo González Gordon, hijo de los marqueses de Torre Soto, y en París, el de la señorita Germana Suss con el joven ingeniero M. Roger Dreyfus, que presta sus servicios en la «Société des Grands Travaux», de Marsella, y el de la señorita Beatriz Cebrián, hija del ilustre patricio de este apellido, con el joven y culto diplomático D. Miguel Sanz y Tovar, hijo del ex ministro conservador D. Eduardo Sanz y Escartín, conde de Lizarraga.

Para asistir a la boda fueron a París los condes de Lizarraga y sus hijas, que acaban de regresar.

También asistieron a la ceremonia muchas distinguidas personas de la colonia española y americana, con los funcionarios de nuestra Embajada.

Reciban los nuevos esposos nuestras más cariñosas felicitaciones.

Peticiones de manos y enlaces próximos.

Con motivo de su próximo matrimonio, están recibiendo valiosos presentes de sus amigos la bella señorita Sofía Plá y Ruiz Pelayo, hija de los marqueses de Amboage, y su prometido el marqués de Caltojar y de Valdosera.

Por Real orden del Ministerio de Estado se ha concedido a D. Juan F. Cárdenas y Rodríguez de Rivas, ministro residente, consejero de la Embajada de España en Washington, Real licencia para contraer matrimonio con la señorita de Nano, hija del ministro de Rumania en Berlín.

Han sido pedidas últimamente las manos de las siguientes señoritas: de la bella María Isabel Carvajal y Santos Suárez, condesa de Portalegre, hija de los duques de Aveyro, para el joven diplomático D. Eduardo Groizard; de la señorita Rosario Pérez de Herrasti y Orellana, hija de la marquesa de Albayda, para D. Antonio Hurtado de Mendoza; de la señorita Teresa de Olmedilla, hija de la marquesa viuda de Teverga, para el ingeniero de Caminos D. Augusto Krahe Herrero; de la señorita María Ayala, hija del rico hacendado de Badajoz D. Eduardo, para el teniente de Aviación D. Ricardo Burguete, hijo del ex alto comisario de España en Marruecos, y de las señoritas Isabel y Concepción Vereterra y Armada, hijas del respetable senador marqués viudo de Canillejas, para D. Luis y D. Claudio Vereterra, hijos de los señores de Vereterra (D. Luis). Esta doble boda se celebrará el día 8 de Julio en la hermosa finca de Valdesoto, que el padre de las novias posee en Asturias.

También se anuncian para en breve las bodas: de la señorita Isabel Arboreoz y Martel, nieta de los dituntos condes de Torres Cabrera, con el marqués de Escalona, primogénito de los marqueses de Villanueva de las Torres; de la señorita Elena de Ortueta y Esteban, hija del ex senador D. Juan, con el distinguido doctor don Frank Younger; de la joven marquesa de Cordellas, hija de los de Serdañola, con el capitán de Artillería D. Alfonso Pons y Lamo de Espinosa; de la señorita Paquita Rivas, hija del ex ministro D. Natalio, con el comandante de Caballería D. Gregorio García Astriada; de la señorita María Fuensanta Poveda, hermana de los marqueses de Triano, con el acaudalado propietario bilbaíno D. Alejandro de la Sota; de la señorita Amalia Díaz Ordóñez y Bailli con don Rafael Collantes y Menéndez; de la señorita Pepita Cavot y Aparicio con D. José Owens y Pérez del Pulgar, hijo de la condesa del Zenete, y de la señorita Angela Albeniz y Bustamante con el distinguido abogado D. Joaquín Casaus y García de Samaniego.

Mañana día 31, pedirá la marquesa viuda de Esquivel para su hijo, el bizarro alférez del regimiento de Ingenieros, poseedor de dicho título, la mano de la bella señorita Narcisca Rojas y Brieva, hija de los marqueses de AlENTOS.

DE LA NOBLEZA ESPAÑOLA BLANCA DE BORBÓN Y DE LEÓN

Sencilla, graciosa y buena, Blanca de Borbón realza con su belleza los esplendores de la regia flor de Lis, emblema de su estirpe, pero si la preciosa hija de D. Francisco de Borbón, nieta de un Infante, descendiente de Reyes y prima del actual Monarca, es digna de brillar por la nobleza de su linaje, aún más lo merece por la sugestión de sus personalísimos encantos.

Rubia, esperitual, con blancura inmaculada, y mirada angelical en los claros ojos, recuerda las *madonnas* que algún pintor debió soñar en visiones sublimes de divino Arte. Es como una flor nacida en Granada, hecha con un jirón de cielo, un rayo de sol y besos de azahares... ¡por eso es tan bonita!

Su carácter prudentemente reservado en un principio revélase expansivo en la intimidad con todos los atractivos de su florida juventud; con una fina gracia andaluza salpicada de cierto ingenio, una alegría que suena a pájaros y músi-

ca y la hacen deliciosamente simpática. Tanto más simpática y atrayente cuanto más se la trate. Donde quiera ella esté, siempre admirará por su elegancia, su distinción, su lindísima figura y su carita de virgen, que la hacen flor de aristocráticos salones, aunque no debe burcársela en ellos.

Blanca ama el campo, donde es amazona gentil; prefiere la vida tranquila y retirada; por eso, para estimar mejor todas las exquisiteces de su espíritu, hay que sorprenderla en el silencio de su elegante hotel, revelador del refinado gusto artístico del ilustre general Borbón, pues él dirigió las obras y decorado de toda su casa. En la intimidad de su gabinete coquetón y confortable es donde hay que buscar a Blanquita. Allí es donde se torna expansiva, confidencial e ingenua apareciendo tal cual es, siempre franca, sencilla, afectuosa, sin que el engaño desfigure su alma de mujer y de niña.

Educada por su madre; teniendo por principal maestro a su padre, nunca se separó de los autores de sus días, ni abandonó España durante la infancia; española de alma y nombre viajó por el extranjero solamente para perfeccionar idiomas, pero en ella todos los recuerdos, todas las bellezas de otros países, palidecen y mueren ante las hermosuras de su Patria, y sobre todo de su Granada, tierra ardiente de sultanas, fuentes y flores.

Quizá el Darro y el Genil que fueron espejo de lindas musulmanas; quizá el susurrar de los arrayanes guardando un eco del último suspiro de Moraima, y quizá también el aroma de azahares y claveles, que se acarician melancólicamente, unieron un día amorosos y juntos ofendieron sus encantos a la hermosa granadina Blanca de Borbón, rosa de sus cármens...

TORRES DE GUZMAN.

RECUERDO HISTÓRICO

LA VILLA, LAS RIAS

Y LOS MONTES DE LA SANGRE

X

EL EJERCITO LIBERTADOR

ANTES de que el jefe de E. M. faccioso, Ministro de la Guerra de la causa, D. Joaquín Elio, pudiera dar al Comandante general de las fuerzas de Somorrostro, D. Antonio Dorregaray, en la noche de 30 de Abril, la orden de retirada, ya el Marqués de Eraul la emprendía, después de conocer por Larramendi, jefe de su extrema izquierda, la aparición de las tropas de D. Manuel de la Concha en el valle de Galdames.

Si Dorregaray espera el mandato de Elio, si los voluntarios castellanos no se baten con el arrojo decidido que lo hicieron, Arlanza, los Cruzados y el Cid, en los picos de Erezala y de la Cruz, el Marqués de Eraul no hubiera podido salvar a sus batallones. Irresoluto y apático el jefe de E. M. carlista, pudo, con su actitud, neutralizar los efectos de la lentitud forzosa de los convoyes del 3.º Cuerpo. Nunca estuvo el Ejército carlista en peligro tan inminente de capitulación.

Navarros y aragoneses, vizcaínos y alaveses, abandonaron sus hasta entonces inexpugnables reductos, y por la carretera de Somorrostro a Bilbao, marcharon en dirección a las, en 1834, no menos fuertes posiciones de Castrejana.

Allí podremos estar—decían algunos jefes del Alto mando carlista— otros tres meses; de modo que Duero, lo único que ha conseguido es el hacernos mudar de línea.

Pronto hubieron de convencerse, ante el estrago de los Plasencia y de los Krup, que lo que era inexpugnable en los días del titulado monarca Carlos V, no podía serlo cuando los voluntarios de la Tradición se batían por Carlos VII.

«Con la artillería de la primera guerra—decía Mendiri a Elio—estas posiciones eran muy buenas; pero hoy, con los cañones modernos, son detestables, indefendibles: pereceríamos todos en ellas antes de veinticuatro horas.»

En efecto: en Castrejana, los facciosos estaban dominados por las baterías del Ejército Libertador, por los fuertes de la plaza de Bilbao y por los fuegos de la Escuadra.

Por esta razón, el Alto mando faccioso acordó, después de ponerlo en conocimiento del Rey, que se encontraba en Zornoza, no defender las expresadas líneas y retirar las tropas hacia Durango, encargándose Mendiri del mando en jefe.

El sitio de la muy bizarra Villa, capital de Vizcaya, empezaron los facciosos a levantarlo a las ocho de la noche del 1.º de Mayo.

«En medio de las sombras, escribe D. Francisco Hernando, empezaron los batallones a cruzar la ría para pasar a Duesto, mientras que los morteros y baterías de sitios hacían fuego sobre Bilbao por última vez. A medida que los batallones iban pasando, iban callando las baterías

más alejadas y retirándose los morteros y cañones, mientras que las más próximas a la carretera de Durango sostenían el fuego para que el enemigo no cayera en la cuenta de lo que se hacía. A las once y media la batería de Azúa lanzaba las últimas bombas, y a la media hora, retirados los dos morteros que allí había, que eran los últimos que faltaban, salieron Lizárraga Valdospina, y Bilbao quedó libre.

«Los batallones marchaban por diferentes carreteras y caminos a los diversos puntos que se les había designado, y el tren de batir, más multitud de carros con viveres y municiones, seguían hacia Durango.

«Llegábamos a Zornoza al amanecer del 2 de Mayo, cuando una salva de 21 cañonazos, que oímos a nuestra espalda, nos anunció que Bilbao solemnizaba su libertad.

«Aquellos cañonazos ponían término a la campaña que en el mes de Enero habíamos emprendido, y a nuestras pretensiones de apoderarnos

facultando su avance con la destrucción de los puentes sobre el Galindo y el Cadagua, inmediatos a la invicta Villa.

Los primeros rayos del sol, del para España inmortal Dos de Mayo, alumbraron los brillantes colores de la Patria bandera, enhiesra en el macizo de Campesarrí, sobre Bilbao, y saludada por el estruendo de la artillería.

Veíanla desde el alto de Santa Agueda, saludándola, a su vez, con aclamaciones de entusiasmo, los soldados del 3.º cuerpo, cuyos vitores y gritos de triunfo transmitían los ecos de las vascas montañas, envueltos en los marciales sonos de la radiante diana. Veían también, el pabellón púrpura y gualdo las tropas de Serrano, que ocupaban ya las codiciadas crestas del funebre Somorrostro. Veíanla los carlistas en plena retirada, y veíanla las fuerzas defensoras de la Plaza al hacer suyos los lugares mismos en que estuvieron emplazadas las facciosas baterías, contemplándola con alegría las caseras campesinas que a Bilbao llevaban a vender sus hortaliças. El humo de los incendios, nota amarga de la guerra, ensombrecía diferentes puntos en lontananza.

Poco después empezaron a moverse los cuerpos de Ejército en dirección a la Ría, y el Ministro de Marina, en nombre del Duque de la Torre, enviaba desde Portugalete, al Gobierno, el siguiente telegrama:

«Se ha levantado el sitio de Bilbao hoy aniversario de nuestra Independencia y del Callao. La invicta Villa queda de nuevo en comunicación con la España liberal.—*Topete.*»

El Jefe del Estado mandaba a D. Jose de la Concha, Marqués de la Habana, Capitán General de la Isla de Cuba, otro despacho en el que decía:

«Este valeroso y sufrido Ejército ha logrado salvar la invicta Bilbao, y espera exterminar por

completo, en breve plazo, a los partidarios del Absolutismo. Tan brillante éxito es debido, muy principalmente, a la inteligencia, bravura y genio militar del Marqués del Duero. Hagó fervientes votos porque, pacificando esa hermosa Isla, pueda recibir V. E. felicitaciones análogas.—*Serrano.*»

Elio, en sus anales, no podrá reflejar nunca todo el entusiasmo de la Nación, al conocer tan fausto conocimiento. «En todas partes, dice un cronista de época, al llegar la noticia, han repicado las campanas, se han engalanado las casas, iluminado los balcones y celebrado, con festejos populares, tan glorioso y trascendental suceso.»

La capital rebotaba de alegría. Las visiones de sangre y de horror de Somorrostro y de San Pedro Abanto, que tanto y tanto obsesionaban la imaginación de los madrileños y que fueron renovadas al recibir, en la tarde del 25 de Abril, al herido General Primo de Rivera, ahora parecían desaparecer con la victoria.

Cuando los batallones y baterías del 3.º Cuerpo se ponían otra vez en movimiento, marchando al frente de la vanguardia su Comandante en



2 de mayo de 1874. Desfile de las tropas del tercer Cuerpo

de la capital de Vizcaya. La pérdida para nosotros era sensible, no tanto por la importancia y los recursos que la posesión de Bilbao nos hubiera podido dar, puesto que al fin esto era un bien futuro no logrado, como porque con nuestra retirada perdíamos todo el territorio que ocupábamos de Bilbao a la provincia de Santander; y Portugalete, el Desierto y el valle de Somorrostro, que tanta sangre nos había costado, volvían a poder del enemigo. La pérdida más dolorosa, porque es siempre la más funesta en las guerras, era la del tiempo que habíamos empleado en bloquear y bombardear una plaza que al fin no caía en nuestras manos, y la de los recursos y gente que en atacarla habíamos gastado.

Y entretanto, los vencidos aunque heroicos soldados de Elio, concentrados en Sodupe, al amanecer del día 1.º emprendieron la marcha en dirección a Castrejana con el Jefe de E. M.

El Ejército carlista en su retirada, no exenta de algún pánico, por parte de los batallones que habían quedado más separados, procuró hacer el mayor daño posible a las tropas vencedoras, di-

Jefe, creyendo posible todavía el batir de nuevo al vencido enemigo, en la mitad del descenso, ya cerca del Cadagua, D. Manuel de la Concha encontró un grupo de voluntarios defensores de Bilbao, anunciándole que los facciosos habían abandonado sus posiciones de la orilla derecha la noche anterior, no sin antes haber quemado los puentes de Castrejana y de Buceña.

En consecuencia, el Marqués del Duero envió a su ayudante de campo, Coronel Astorga, al General Serrano, que se encontraba en Portugalete, participándole lo sucedido. «Añádale usted al Duque que pasará el Cadagua como pueda y que le espero en las afueras de Bilbao para que entre a la cabeza de las tropas».

No tardó en volver el mismo ayudante, diciéndole a Concha, bien cerca ya de la libertada villa: «El Duque de la Torre me manda contestar a V. E. que está haciendo pasar a las tropas a la derecha de la Ría, y que puede V. E. disponer de ellas, puesto que va a ser nombrado General en Jefe del Ejército del Norte. Al mismo tiempo, el Duque invita a V. E. a que entre en Bilbao al frente del 3.º Cuerpo sin esperarle, pues quizás hasta por la noche no pueda estar en la Plaza».

Momentos después llega ante el Marqués del Duero el Teniente Coronel Conde de Paredes, ayudante del General Serrano. «Orden del General en Jefe dice a Concha de que, sin aguardarle, entre V. E. en Bilbao a la cabeza de las tropas del 3.º Cuerpo».

En tanto se disponían las fuerzas a continuar la marcha; el Marqués del Duero y Martínez Campos conferenciaban rápidamente en la caseta de un peón caminero. ¿De qué trataron? De algo muy importante que se refería a la conspiración alfonsina, y que no fué desde aquel momento en extremo trascendental, por la enérgica voluntad de Concha. Diferentes veces instó vivamente Campos a su General en Jefe a que levantara bandera por D. Alfonso XII, asegurándole que el Ejército entero de operaciones secundaría el movimiento. Negóse resueltamente el Marqués del Duero. «Campos, le dijo, yo soy como las espadas de Toledo, que se quiebran, pero que no se doblan; he dicho que en tanto no se logre un definitivo triunfo sobre los carlistas no proclamaré Rey al Príncipe, ¡y no será!... No enciendo yo una nueva guerra civil».

A las cuatro de la tarde entraban los vencedores de las Muñecas y de Galdames en la ya por tres veces invicta Villa, que con sus desplomados edificios y engalanadas ruinas ofrecía un aspecto a la vez desolador y risueño.

Cubierta la carrera por las fuerzas de la guarnición, por los forales y por los voluntarios; detrás, al lado de derruidos muros y en balcones y ventanas de agrietadas y agujereadas casas, aparecía el bizarro pueblo, que con tanta firmeza supo defenderse y sufrir los horrores de un largo y sangriento asedio.

Allí estaban los que durante ciento veinticinco días de sitio habían aguantado siete mil bombas, la ruina y el hambre, sin que jamás la palabra CAPITULACION se hubiese oído una sola vez. Allí estaban las bravas bilbaínas, que tanto y tanto, con su desprecio del peligro, habían contribuido a exaltar el valor de los defensores. Allí estaban, en fin, los soldados, los bravos leones que a campo abierto y en los fuertes ha-

bían sabido hacerse inexpugnables al enemigo.

Con delirante entusiasmo aclamaban todos al Marqués del Duero y a sus esforzados batallones.

Entre espesa lluvia de flores y de coronas que sin cesar caían sobre tricorrios y sobre roses, salpicaba las armas y cubría los uniformes; por la calle de San Francisco y del Puente Viejo marchaba D. Manuel de la Concha, a pie y rodeado de sus ayudantes, del General Castillo, de la Diputación y del Ayuntamiento.

Situado después el marqués del Duero y todo el Alto Mando y Autoridades delante del teatro de la Villa, tuvo lugar el desfile de la tropas, que duró tres horas, siempre bajo nubes de coronas, de flores y de tabacos, que con profusión caían en aquellos viejos y noveles veteranos.

Obscurecía cuando, recibido por D. Manuel de la Concha, desembarcó en las Arenas el Duque de la Torre con el Vice-Almirante Topete y el General López Domínguez. Un gentío inmenso aclamaba a Serrano y a Concha que, unidos en estrecho abrazo, mutuamente se felicitaban. No obstante, las mayores muestras de gratitud y de entusiasmo eran para el arrojado Concha, siendo el primero en demostrarlo D. Francisco Serrano.

«La salvación de Bilbao, escribía el correspondiente del Times, es debida, en primer lugar, a la táctica victoriosa de Concha; y el Mariscal Serrano, al ceder a su venerable compañero de armas el honor de entrar el primero en la Villa libertada, le ha dispensado, al mismo tiempo que una atención delicada, un acto de justicia».

En la mañana del 3, y en el Salón de actos de la Diputación, el Duque de la Torre nombró a D. Manuel de la Concha, Marqués del Duero, General en Jefe del Ejército del Norte, identificados antes ambos próceres de la milicia en la manera de ver la guerra que se desarrollaba.

En las primeras horas de la tarde, ya recompuéstos los puentes sobre el Galindo y sobre el Cadagua, pudo pasar Letona que, con la 1.ª división del Cuerpo de su mando, venía desde Portugalete por la izquierda del Nervión, al mismo tiempo que por la derecha margen avanzaba Laserna con la totalidad de sus tropas. Ambos generales entraron a las cinco en Bilbao, en medio de una ovación clamorosa.

A las seis, el Duque de la Torre se despedía de la Diputación, de las Autoridades, de los Generales, Jefes y Oficiales, declinando todos los honores del triunfo en el Marqués del Duero, y en el vapor Ferrolano zarpaba para Portugalete y Santander, en directo a Madrid.

A las once de la mañana del 6 de Mayo, los cañones emplazados en la esplanada del Cuartel de la Montaña, anunciaron, con sus salvas, que el tren que conducía al Jefe de Estado, se acercaba veloz a la Villa del Oso y del Madroño.

La población estaba totalmente engalanada. Banderas, colgaduras, trofeos y gallardetes se veían por todas partes; arcos de triunfo de mirto y de follaje, con inscripciones dedicadas a los generales vencedores, a los bizarros soldados y a los valientes bilbaínos, en la cuesta de San Vicente, en la Puerta del Sol y en la calle de Alcalá.

Esperaban a D. Francisco Serrano en el andén, el Gobierno y el Consejo de Estado; el Capitán General y el Alto Mando; comisiones de todos los centros oficiales, hombres políticos,

ex diputados, ex senadores, distinguidas damas, altos próceres y la compañía de veteranos nacionales que, con bandera y música, rendía honores.

Descendió el Duque del vagón, acompañado de sus ayudantes, de su Jefe de E. M. y del Ministro de Marina, y en medio de una ovación entusiasta, a los acordes de la Marcha Real, expresivamente por todos felicitado, después de revisar la Compañía de nacionales, salió a la puerta de la estación y allí montó a caballo para hacer su entrada triunfal en Madrid.

Precedido por un escuadrón de lanceros y por cuatro ayudantes de campo, dos de D. Francisco Serrano y dos que D. Manuel Pavia y Rodríguez de Alburquerque, el Duque de la Torre, al frente del Cuartel General, ante las tropas formadas y ante las aclamaciones efusivas de una multitud inmensa, avanzó hacia el centro de la regocijada Villa, en aquella espléndida mañana de primavera, por la cuesta de San Vicente, la calle de Bailén y la plaza de Oriente, por la calle de Carlos III, la plaza de Isabel II y la calle del Arenal, por la Puerta del Sol y la calle de Alcalá.

Batían Marcha Real las músicas de los Regimientos de línea; vibraban las trompetas de los escuadrones de Villaviciosa, de Farnesio y de la Milicia Nacional; vibraban los clarines de la guardia Civil y de la Artillería; oíanse cañonazos y clamoreo de campanas; estallaban cohetes, salían flores, coronas y palomas de los balcones de los Ministerios de Gobernación y de Hacienda...

Desde su morada oficial, en el Palacio de la Presidencia, presenció Serrano, entre vivas y aplausos, el desfile de las tropas.

Sin descenderse el uniforme, apenas extinguido el marcial rumor, comenzó el Duque a ocuparse de la aplazada crisis.

Quería Serrano y quería Zabala un Ministerio de Conciliación, y encargado Sierra Bullones de formarlo, a ello dirigió Zabala todos sus esfuerzos. Pero resultaron inútiles por delicados escrúpulos de los republicanos, firme resolución de los radicales y gran intransigencia de los alfonsinos.

Hubo de declinar Sierra Bullones los poderes; pero dispuesto el Duque a abandonar la Presidencia del Poder Ejecutivo, transigió Zavala, por evitar un mal mayor, formando al fin un Gabinete homogéneo con elementos septembrinos.

Fueron los Ministros: General Zabala, Presidencia del Consejo con la Cartera de Guerra; Sagasta, Gobernación; Alonso Martínez, Gracia y Justicia; Ulloa, Estado; Camacho, Hacienda; Romero Ortiz, Ultramar; Alonso Colmenares, Fomento; Rodríguez Arias, Marina.

Era el programa del nuevo Gobierno el concluir la guerra civil y consolidar la paz en la Península y en Ultramar, hacer que desaparecieran todo género de futuros trastornos, dar a conocer el verdadero estado de la Hacienda y administrar con severa justicia.

El Capitán General de Castilla la Nueva don Manuel Pavia y Rodríguez de Alburquerque, ante la imposibilidad de poderse constituir un Ministerio Nacional, forma de Gobierno que el hombre de 3 de Enero consideraba precisa, presentó su dimisión con carácter irrevocable.

LORENZO RODRIGUEZ DE CODES

EN ESPIRITU

(Ante el Stmo. Cristo de Limpias).

Vengo, Señor, de la región del hielo,
—entumecido aún por el pecado—,
al horno de tu pecho lacerado,
volcán de sol, vestibulo del cielo.

Vengo de una Babel, vengo del polo,
del helado salón de los espejos,
al calor del hogar, como los viejos,
a platicar de amor. ¡Contigo sólo!

Vengo, mi buen Jesús, del gran desierto
del mundo; y en tu amor, tan abrasado,
que temo que mi sed deje agotado
el manantial de tu costado abierto.

Vengo, Señor, huyendo de mi mismo,

a buscar, de tus llagas en la calma,
un seguro de amor para mi alma
y para mis errores, un abismo..

Vengo de donde vienen los que imploran;
de donde los que quedan, salir quieren;
a donde venir piden los que mueren,
adonde se consuelan los que lloran.

Vengo... de los dinteles sepulcrales
donde la carne pútrida reposa;
a ver cual me soterran en la fosa
y se me abren del Cielo los umbrales.

Vengo a ver si me cubren, como rosas,
los pétalos que caen de tus llagas;
a admirar, Juez clemente, cómo apagas
con lágrimas, mis llamas amorosas.

Vengo a ver si, a pesar de mis agravios,
cuando mis restos llaman a tu puerta,

me besan, como a blanca rosa muerta,
de tu llagado Amor los dulces labios.

Vengo a ver si me miran sin enojos
esos tus ojos, de esperanza llenos;
para que resuciten, con los buenos,
ante tu viva imagen, mis despojos.

Y a decir a esos ojos bien amados,
—ojos de compasión, ojos de Padre—,
si olvidan que por mí lloró tu Madre,
o no miran, o miran indignados:

«Ojos claros, serenos,
que de dulce mirar sois alabados,
¿por qué, si me miráis, miráis airados?»

Ojos claros, serenos,
aunque así me miréis, ¡miradme al menos!

ENRIQUE SAAVEDRA
Presbítero

LA VIDA MADRILEÑA

En casa de los marqueses de Cavalcanti :

La sociedad madrileña se reunió, en una de las últimas tardes, en la residencia del ilustre general marqués de Cavalcanti, de su bella consorte y de su distinguida hermana, la señorita Carmen Quiroga y Pardo Bazán, atendiendo a su amable invitación, con objeto de tomar el té.

Para las cinco y media citaban, y media hora más tarde se hacía imposible transitar por los salones, que adornan cuadros de inestimable valor.

Su Alteza la Infanta doña Isabel, acompañada de su dama, la señorita Juana Bertrán de Lis, honró con su presencia la fiesta.

Se organizaron animadas partidas de tresillo y de «bridge», y en el comedor y en el jardín se sirvieron espléndidas meriendas.

Concurrieron a la gratisima reunión: la Princesa de Borbón, las duquesas de Valencia, viuda de este título, Noblejas, Santa Elena y Pinohermoso.

Marquesas de Ferrera, acompañando a sus bellas hijas Isabel y Remedios; Figueroa, Espeja, Guad el Jelú, Bendaña, Caicedo, Selva Alegre, Puebla de Rocamora, Goicoerrotea, Ribera, Cueva del Rey, Valdeiglesias, Miravalles, Salinas y Santo Domingo.

Condesas viudas de Casa Valencia, Bilbao, Castilleja de Guzmán, Mayorga, Peñalver y Aguilar de Estrillas; condesas de San Luis, Portalegre, Almina, Mayorga, Riudoms, Medina y Torres, Viñaza, Bulnes y Via Manuel.

Vizcondesas de Eza, San Antonio y de Cuba.

Baronesas de la Torre y Casa Davalillo.

Señoras y señoritas de Collantes, Salazar, Linares Rivas, Ugarte, Serrat, Cano, Sangro, Moreno y Ossorio, Bernete, Agrela, González Castejón y Entrala, Pelyzaeus, Borbón y León, Pérez Seoane y Bueno, Piñeyro y Queralt, Barroeta Pardo, Goicoerrotea y Valdés, Avial y Lorens, Escobar y Kirkpatrick, Carvajal y Quesada, Muguero y Frigola, Alcalá Galiano y Osma, Alcalá Galiano (viuda), Rábago, Rodríguez Rivera y de la Gándara, Taboada, Marichalar y Bruguera, Aisa y Villarroya, Maroto y Pérez del Pulgar, Mille, Cavanilles, Verterra y Armada, Sánchez Anido, Maura y Herrera, Martín Aguilera, Areces, Núñez y Topete (Salomé), Perales (María), Aguilar y Gómez Acebo, Polo de Bernabé, Bertrán de Lis (Margot), Despujol, Reynoso, Oruña, Queipo de Llano, Mazorra, Araujo Costa, Núñez de Prado, Soriano y Saavedra y Vinent (D. Alonso).

El entonces ministro de la Guerra, Sr. Alcalá Zamora; los generales Weyler, Tovar y duque de Tetuán; los exministros conde de Esteban Collantes, La Cierva y marqués de Figueroa; los académicos conde de la Mortera y Benedito; el embajador D. Luis Polo de Bernabé y otras muchas personalidades.

Los marqueses de Cavalcanti y sus hermanos, los condes de Torre de Cela y la señorita de Quiroga, hicieron los honores de la casa.

Comidas diplomáticas :

El embajador de la Argentina, D. Carlos Estrada, ha obsequiado en el Ritz con una comida a varias de sus amistades, pertenecientes al Cuerpo diplomático, colonia argentina y sociedad de Madrid.

En la mesa, primorosamente adornada con preciosas corbeilles de claveles rosa, ocuparon las presidencias el ilustre diplomático americano y el ministro de Estado, Sr. Alba, sentándose a

la derecha del primero la señora de Alba, embajador de Alemania, señora de Aldunate, ministro de Dinamarca, señora de Gramajo y conde Orlovsky; a su izquierda, la condesa de Paredes de Navas, conde de Velle, baronesa de Champourcin, ministro de Suiza, señorita de Achaval y ministro de Portugal.

A la derecha del señor Alba estaban la baronesa Langwerth von Simmern, conde de Paredes de Nava, señora de Mello Barreto, ministro del Uruguay, señora de Gayán y ministro de Chile, y a su izquierda, la señora de Mengotti, ministro de Cuba, señora de Achaval, ministro de Holanda, señorita de Gramajo y barón de Champourcin.

Las cabeceras fueron ocupadas por el consejero de la Embajada, señor Gayán y el agregado militar, señor Fernández Valdés.

También el ministro de los Países Bajos,

la misión pontificia que, a mediados de mes, trajo la Rosa de Oro para Su Majestad la Reina.

Entre las muchas personas allí presentes se encontraban el Nuncio de Su Santidad, monseñor Tedeschini; el Arzobispo de Valladolid; los portadores de la Rosa de Oro, marqués de Sacchetti y comendador Giove; ministro de Suiza y Mme. Mengotti, ministro de Checoslovaquia y madame Korb; los ex ministros Sres. Francos Rodríguez, Goicoechea, marqués de Pilares y doctor Cortezo; el subsecretario de Estado y la señora de Palacios; el auditor de la Nunciatura, monseñor Guerinoni; el cónsul general de Portugal, Sr. Carvalho; los camareros secretos suecos, marqués de Langergren y su hijo; las marquesas de Figueroa y Camarines, el duque de Tovar, el marqués de Olivert, el conde de los Moriles, el general Gómez Núñez y señora, y las señoras y señoritas de Baquero, Floberf, Manrique de Lara, Sanguino, Ros, Vizoso, Gracia Real, Villanueva, Oyarzábal, Baldasano, Seco de la Garza, Lalama, Insúa Meana, Fernández Chacón y algunas más.

Los señores de Fernández Alcalde obsequiaron a sus invitados con un espléndido té.

En honor de los mismos enviados apostólicos se celebró días después, en el Palacio de la Nunciatura, un banquete oficial.

Monseñor Tedeschini tenía a su derecha al presidente del Consejo, marqués de Alhucemas, y a su izquierda, al ministro de Estado, señor Alba. Enfrente se sentaba el marqués Sacchetti, entre el ministro de Gracia y Justicia, conde de Romanones y el jefe superior de Palacio, marqués de la Torre de la Torre.

Los demás comensales eran el camarero secreto de Su Santidad que acompaña al marqués Sacchetti, comendador Giove; el montero mayor de Su Majestad, marqués de Viana; el mayordomo mayor de la Reina, marqués de Bendaña; el embajador de Inglaterra, Sir Esme Howard; el procapellán mayor de Palacio, señor De Diego Alcolea; el jefe de la Casa Militar del Rey, general Milans del Bosch; el duque de Arión, el conde de Velle, el duque de Santa Lucía, los camareros secretos de Su Santidad, marqués de Langergren y doctor Fernández de Alcalde; el marqués de Valdeiglesias, el auditor de la Nunciatura, Monseñor Guerinoni, y el Capellán de la misma.

Todos los invitados iban de uniforme y ostentaban cruces, contrastando los de los ministros con los de los gentileshombres, la blanca casaca de las Ordenes militares que llevaba el duque de Santa Lucía y las rojas casacas de los camareros secretos.

La mesa estaba adornada con grandes centros de plata y grupos de lirios y albas rosas.

El almuerzo fué perfectamente servido, demostrándose en todos los detalles la distinción con que el ilustre Nuncio de Su Santidad sabe hacer los honores de su palacio, ostentando la alta representación que a su talento y prudencia fué confiada.

En efecto, monseñor Tedeschini hace compatibles en todo momento los altos deberes que su cargo de diplomático le impone con su propia modestia, que se manifestaba ese día en el hecho de no ostentar siquiera la gran cruz de Carlos III, que le fué otorgada por S. M. el Rey.

Un almuerzo elegante :

En el palacio de los condes de Vilana se celebró un elegante almuerzo en honor de los señores de Canaval, distinguido matrimonio peruano, que estaba de paso en Madrid.

Con los dueños de la casa y los señores de Canaval se sentaron a la mesa los condes de San Luis, vizcondes de Fefiñanes y marqueses de Valdeiglesias. El almuerzo fué servido con la perfección y buen gusto propios de aquella residencia,



El nuevo ministro de Suecia en Madrid, Sr. Wollmar Bostron, que ha presentado recientemente sus cartas credenciales a Su Majestad el Rey.

(Fot. Marín.)

M. Melvill, ha obsequiado con una comida, en el mismo hotel, a algunas personalidades de nuestra sociedad y del Cuerpo diplomático extranjero.

Fueron los comensales el embajador de Francia y madame Defrance, con su hija la generala Clark, y su hermana, mademoiselle Caporal; ministros de Polonia, conde Orlovski, y de Suecia Sr. Wollmar Bostron; consejero de Francia y madame de Vienne; señora viuda de Núñez de Prado; señores de Muñoz y Rocatallada; secretario de Francia; condesa de Lemur y su hermana, la señorita Atile Crocker; nuevo secretario de Polonia y madame Jelenska; el principe de Ligne, conde de Velle, coronel Marsengo, duque de Caffarelli, vizcondes de Cuverville y de la Rochefoucauld y monsieur Berns, secretario de la Legación de Suecia.

Obsequios a los enviados del Papa

En la elegante residencia del doctor Fernández de Alcalde y de su distinguida esposa se celebró una agradable reunión en obsequio de

Mundo Mundillo...



DOS notas sobresalientes ha ofrecido la vida palatina en estos quince días últimos: el cumpleaños de S. M. el Rey y la entrega de la Rosa de Oro pontificia a la Reina.

La fiesta del cumpleaños, digno remate a las manifestaciones de entusiasmo hacia S. M., producidas en los viajes a Bruselas y a Valencia, sirvió para que la Sociedad madrileña, acudiendo a la recepción para felicitar al Soberano, le tributara un nuevo homenaje de cariño y de adhesión.

En el regalo de la Rosa de Oro se evidenció la gran estimación en que Pío XI tiene a nuestra Reina, cuyas virtudes la hacen merecedora de distinción tan alta.

CON motivo de haberle sido concedida por el Rey Alberto la gran cruz de Leopoldo de Bélgica, la más preciada condecoración de aquel Reino, ha recibido muchas felicitaciones el duque de Medinaceli.

Como recordarán nuestros lectores, durante la estancia de los Soberanos belgas en Madrid, la duquesa de Medinaceli fué dama de la Reina doña Isabel, y en el palacio de la plaza de Colón se celebró una suntuosa fiesta.

EN el Real Club de Puerta de Hierro se ha celebrado el concurso anual de *lawn-tennis*.

El resultado de los partidos ha sido el siguiente: Campeonato individual de caballeros. Ganó el conde de Gomar a Flaquer por 6 1, 6 4, 6 4.

Campeonato individual de señoras: Ganó Josefina Gomar a Cristina Castejón por 7 5, 7 5.

Campeonato doble de caballeros: Gomar y Flaquer vencieron a los hermanos Antonio y Carlos Satrustegui.

Campeonato doble de señoras: Josefina Gomar y Cristina Castejón, vencieron a la condesa de Velayos y Luisa Carvajal.

Campeonato mixto de parejas: El conde de Gomar y su hermana Josefina ganaron a Flaquer y Luisa Alvarez de Toledo.

En el *handicap* de caballeros ganó Carlos Béistegui.

SE asegura que, dentro de breve plazo, ingresará como religiosa en uno de los conventos de Madrid la señorita Emilia Allendesalazar, hija del recientemente fallecido ex presidente del Consejo de ministros.

HA presentado sus cartas credenciales a Su Majestad el Rey el nuevo Embajador de los Estados Unidos Mr. Alexandre Pollok Moore.

Sea muy bien venido. De Lisboa han regresado el Ministro de Chile y la señora de Aldunate. Con ellos llegaron sus hijos los señores de Aldunate (don Jorge), que regresan de su país.

El diplomático chileno ha presentado sus cartas credenciales al Presidente de la República portuguesa, donde también está acreditado.

FIGURINES
PATRONES

Preciados, número 7

Más de cien revistas diferentes

EL Rey se ha dignado otorgar la banda de dama noble de la Orden de María Luisa a la marquesa de Guimarey, esposa de nuestro embajador en Bruselas, marqués de Villalobar.

Con este motivo está recibiendo la distinguida dama muchas felicitaciones.

Lo mismo en primavera que en invierno, todo aquel que se casa necesita saber que ha de enviar a sus amigos sortijeros de la *Duquesita*.

TRES nuevos han llegado a otros tantos aristocráticos hogares madrileños: uno a casa de los marqueses de Campo Fértil, otro a los señores de Cierva y Codorniu (don Juan) y otro a los señores de Hornedo, hijos de los marqueses de Santa Genoveva.

Y en Sevilla ha dado también a luz, con toda felicidad, una hermosa niña, la joven marquesa de la Granja.

SE encuentra restablecida de su indisposición la señora de Harris, hija del ministro de Cuba, Sr. García Kohly.

HA sido puesta de largo la bella señorita María del Carmen Maura y Herrera, hija de los condes de la Mortera.

PARA convencerse de lo animados que se ven los tés aristocráticos de los miércoles por la tarde en el Palace Hotel, basta con ir cualquier día de esos. El último miércoles, por ejemplo, se congregaron allí numerosas familias de la sociedad madrileña y del cuerpo diplomático.

Entre otras personas recordamos al ministro

NOTAS DE PÉSAME

SE cumplió el pasado día 21 el primer aniversario de la muerte de la respetable señora doña María Isabel del Dulce Nombre López y Reynaldo, viuda de Melgar, que tantos afectos y simpatías gozaba en la Sociedad madrileña.

En varios templos de Madrid, de Cádiz y de Valencia se han aplicado misas por su alma.

Al evocar el recuerdo de la bondadosa dama, renovamos con todo cariño el testimonio de nuestro dolor a sus hijas doña Ana María, doña Francisca y doña Otilia; a sus hijos políticos don Manuel Sánchez de Linares y don Francisco Muñiz y al resto de la distinguida familia.

EN su palacio de Almendralejo ha fallecido la respetable señora D.^{ña} Josefa Montero de Espinosa y Sánchez Arjona, condesa de Osilo, dama de gran piedad y sentimientos caritativos, cuya pérdida ha sido muy sentida, no solamente en aquella población sino en toda la provincia, donde los condes de Osilo y su familia son muy queridos.

Pertenecía la finada a una ilustre familia, estando emparentada con su Alteza la Duquesa de Talavera, las duquesas de San Carlos, Infantado y Santo Mauro y el marqués de la Torrecilla. Estaba casada con don José Gutiérrez Silva, conde de Osilo.

Nos asociamos al dolor de la ilustre familia.

Los señores de Ibarra (don José María) pasan por la inmensa pena de haber perdido a su hijo José Manuel, niño de corta edad. Con este motivo han recibido muchos testimonios de las simpatías que disfrutan en la sociedad sevillana.

Casa RAMOS-IZQUIERDO

TROUSSEAU LAYETTES

Plaza de Alonso Martínez, 2. -- Teléfono 141-J

de Instrucción Pública Sr. Salvatella; Embajadores de Italia, marqués Paulucci, y de los Estados Unidos, Mr. Pollok Moore; ex ministro conde de Esteban Collantes e hija; general Borbón; duques de Sessa, Montemar y Huete; marqueses de Atarfe, Fuente el Sol, Valdeiglesias, Carvajal, Encinares y Montalvo; condes de Torre de Cela, Villamonte, Vilana y Torre Velarde; barones de Güel y Tossizza; general Arteta, ex embajador Sr. Polo de Bernabé, cónsul de la Argentina y señora, y otros muchos.

El salón de baile se vió animadísimo durante toda la tarde.

BRILLANTE fué el acto de la entrega de la bandera, regalada por suscripción nacional, a las tropas Regulares indígenas de Ceuta. Ante el Rey, las Reinas y la Infanta Isabel, y ante las fuerzas de la guarnición y un público numerosísimo, el Duque del Infantado, Presidente de la Comisión recaudatoria, hizo entrega de la enseña al actual teniente coronel del Grupo, señor Alvarez Arenas, y pronunció un vibrante discurso patriótico, que fué acogido con vivas a España, al Rey y al Ejército.

El recuerdo del heroico González Tablas flotó en el ambiente durante toda la fiesta, unido al de los 46 oficiales de Regulares y a los centenares de soldados de estas tropas, muertos sobre el campo de batalla, defendiendo el honor de España.

Fuó una fiesta de emoción y de brillantez que perdurará en la memoria de cuantos la presenciaron.

CON ocasión de celebrar sus bodas de plata los marqueses de Urquijo, se celebró la otra noche, en su elegante residencia del paseo de la Castellana una grata fiesta que honraron con su presencia los Reyes Don Alfonso y Doña Victoria, la Infanta doña Isabel, la duquesa de Talavera y el Infante don Alfonso.

Tuvo además la fiesta carácter juvenil por hacer en ella su presentación en sociedad la bella Isabelita Urquijo, hija mayor de los marqueses. En torno de ella, que vestía lindo traje de tisé de oro, con fichú de encaje, congregáronse Livita Falcó, la condesa de San Martín de Hoyos, las dos señoritas de Heredia Spinola, Africa Carvajal, Paloma Montellano, las de Argüeso, Borghetto, Castilleja de Guzmán, Nini Castellanos, López Dóriga, Rafal, Bernar, Castillo, Cwynn, Villamarciel, Vistahermosa, Vega, Cubas, Martínez de Irujo, Muguero, López Roberts, Ibarra, Casal, Finat, Rodríguez de Rivas, Mazorra, Areces, Bertrán de Lis, Alvarez de Toledo, Travesedo, Hernández, Landecho, Villadarias, Tacón, Figueroa y Bermejillo, Castellá y Alcalá Galiano.

Dos lindas debutantes eran la señorita de Gandarias, hija del ilustre senador bilbaíno, y una señorita de Zabálburu, a quien acompañaban la señora y la señorita de Escauriaza, de distinguidas familias bilbaínas.

También concurrieron algunas señoritas extranjeras, como las de Iturbe, Iturregui y Gramajo, y las familias más conocidas de nuestra aristocracia. El baile se prolongó hasta última hora de la noche.

RESTAURANT IRIS BAR

SEVILLA, 16 TELEFONO 41-27 M.

Almuerzos, siete pesetas; comidas, ocho; cenas, cuatro pesetas desde las doce de la noche. De cuatro a ocho de la tarde, tes; meriendas en el salón del piso entresuelo. Esmerado servicio de Cervicería en la planta baja

PAGINAS DE LA PERFUMERIA FLORALIA

CUENTOS PARA NIÑOS

LA POBRECITA FLOR-DE-CARDO

TENDRIA, sin duda, otro nombre; pero las gentes la conocían sólo por el de «Flor-de-Cardo» que le daba su madrastra.

Con ésta vivía la niña a la entrada de un bosque entre cuyos árboles recogía setas y frutas que llevaba luego a vender al mercado de la ciudad. Porque de esto vivían desde mucho tiempo antes—desde que el padre de la niña había muerto a raíz de su segundo matrimonio,—dejando encargada a su nueva mujer de la pequeña «Flor-de-Cardo».

La madrastra de ésta, cuando enviudó, se hubiera vuelto a casar de buena gana; pero no encontró quien quisiese cargar con ella. Esto era fácilmente comprensible porque, acá para *inter nos*, la buena señora no se distinguía precisamente por la dulzura de su carácter, y, lo que era peor aún, su fama de cascarrabias se había difundido por la comarca entera lo bastante para que ningún hombre de ella se decidiese a llevar a su casa adquisición por el estilo.

La madrastra de «Flor-de-Cardo» no quería ver la verdad; a creer sus palabras, ella, en cuanto enviudó, *había tenido mil proyecciones*, pero las había rechazado todas por no dejar abandonada a «aquella pobre criaturita». En rigor, pensaba que si nadie le había dicho la menor palabra de matrimonio, fuera, sencillamente, por no cargar, a la vez que con ella, con la niña. Y convencida de esto, profesaba un odio cordial a la pitusa.

—Es mi desesperación esta criatura—decía—. Yo me desviví por ella, por rodearla de cuidados, y ¡nada!, ella tan arisca y desabrida como una flor de cardo. ¡Bien puestos tienes el nombre!

Pero «Flor-de-Cardo» no era desabrida ni arisca. Por el contrario, cuando veía a las madres que cogían en brazos a sus pequeñuelos, cubriendo sus caritas de besos chillones, «Flor-de-Cardo» tenía que esconderse para llorar, porque ella no tenía quien le acariciase así. Las frases de su madrastra eran hipócritas. ¡Cuántas veces, después de una de esas lastimeras retahilas, tan pronto como se quedaban las dos solas, cambiaba la cena como por ensalmo, y las palabras de fingido cariño se convertían en pellizcos y golpes!

Otro de los temas de la madrastra, era la del desaseo de la niña:—¡Más descuidada eres! Porque lo que yo digo: la pobreza no está reñida con el agua...

Ciertamente que el aspecto de «Flor-de-Cardo» no hablaba mucho en su favor: andaba desgreñada, con la ropa en girones; y por lo que hace a tratos con el agua fuerza es confesar que ofrecía no pocas dudas su carita pecosa, en la que brillaban los ojos grandes ¡y tan tristes!

Pero si en el terreno de la limpieza no era una niña *comm'il faut*, debemos confesar que no era suya la culpa: su madrastra la tenía de un lado a otro del bosque, hecha un zarandillo, desde que se levantaban las dos, con estrellas aún en el cielo, hasta que llegaba la hora de cenar un mendrugo de pan y acostarse. Con semejante vida apenas si a la pobre niña le quedaba tiempo para rezar sus oraciones de la mañana y de la noche, devociones que no dejaba de cumplir nunca, por rendida que estuviese.

Una mañana, «Flor-de-Cardo» iba por el bosque adentro con su cestita al brazo buscando setas. De pronto, al desembocar en un claro, un ciervo pasó a la carrera por delante de la niña, y detrás del ciervo, veloces, que no parecían tocar la tierra, los perros de una jauría.

A los ladridos de los canes se unieron las trompas de los monteros. «Flor-de-Cardo», agazapada en unas matas, vio pasar por entre los

árboles un cortejo de cazadores, entre los cuales iba, a caballo, un joven rubio y fuerte.

«Flor-de-Cardo», al verle pasar, sintió deseos de correr tras él, y decirle... Lo que no sabía era, precisamente, qué le iba a decir. ¿Le hablaría de su madrastra y de la vida atroz que le hacía sufrir, pidiendo protección? Pero inmediatamente pensó que el cazador desconocido no la oiría siquiera al ver su miserable pergenio.

Y este pensamiento la afligió de tal modo que se echó a llorar.

Ahogada por los sollozos, sintió que una mano se apoyaba dulcemente sobre su cabeza. Alzó la cara llorosa, y vió ante sí a una viejecita que sonreía maternalmente. La perspicacia del pequeño lector—o lectora—habrá comprendido enseguida que se trataba nada menos que de una hada; y así es. Pero «Flor-de-Cardo», aunque había cumplido ya catorce años, distaba mucho de ser lo que se llama una criatura perspicaz. Así es que se quedó con la boca abierta, sin decir ni pío, hasta que el Hada habló así:

—Tú no me conoces, hija mía; ya lo sé. Yo, en cambio, te conozco a ti desde que eras chiquitina. He seguido paso a paso tu vida; te he visto sufrir, pero no quería ahorrarte esos sufrimientos porque un poco de sufrimiento en nues-

tos bolsillos una arqueta que abrió ante los ojos de «Flor-de-Cardo». Un olor suavísimo se extendió por el bosque, como si la primavera asomase por entre los árboles, cargada de aromas.

—Aquí tienes—dijo el Hada a la niña—lo que dejará tu piel sedosa y perfumada como una flor recién cortada: la «Crema» y el «Jabón» FLORES DEL CAMPO asegurarán tu felicidad...

Y cogiendo a la muchachita con una mano, y elevando en la otra el oloroso cofrecillo, echó a correr con ligereza impropia de sus años hacia un vecino estanque, arrastrando en su seguimiento a «Flor-de-Cardo»...

Una hora después, el Rey, de vuelta de la cacería, abandonó las riendas al instinto de su cabalgadura sedienta. Caballo y caballero atravesaron macizos de árboles, matorrales espesos, hasta dar con un estanque rodeado de tilos a cuya sombra esperaba al joven Rey la más inesperada de las apariciones.

A la vera del agua, la viejecita que ya conocemos, tenía de la mano a una joven bellísima, en la cual hubiera sido realmente difícil reconocer a nuestra amiga «Flor-de-Cardo».

Esta sonreía al joven Rey, que echó pie a tierra fascinado. Antes de que hubiera avanzado un paso, la voz del Hada resonó en los regios oídos diciendo:—¡Ahijado mío, aquí tienes la mujer más buena y hermosa de tus reinos. Era una joya que yo tenía guardada para ti. Hazla tu esposa.

El Rey, entonces, hizo sonar su trompa de oro, convocando a su alrededor, en un instante, la turba de cortesanos. Así que estuvieron todos presentes, tomando la mano de «Flor-de-Cardo», proclamó a ésta por su esposa. Tan emocionado estaba que se olvidó de que los reyes no deben comunicar por sí mismos sino por medio de sus chambelanes, sus decisiones a la Corte.

Pero es que el protocolo no rige con el Amor.

Entre los videntes de los cortesanos, «Flor-de-Cardo» subió a la grupa del corcel regio; y la comitiva se puso en marcha hacia Palacio, alegremente.

Días más tarde se celebró la boda y pudo asegurarnos, formalmente, que no tuvo el país, en su larga historia, reina que fuese más admirada y querida por sus súbditos, tanto por su bondad como por su hermosura insuperable.

Muchos años después de su boda, como en su presencia se hablase de la felicidad, «Flor-de-Cardo», inclinándose graciosamente hacia su esposo, dijo sonriendo:—Mi felicidad la constituye mi augusto marido y mis amados príncipes. Y esa felicidad, que es lo que yo más amo en el mundo, la debo principalmente a los productos de la PERFUMERIA FLORALIA...

Estaba tan bella y sonreía tan graciosamente al decir estas palabras, que nadie trató de preguntarle el sentido de ellas, embebecidos Rey y cortesanos en la admiración de su bella Soberana. Pero las palabras de ésta dieron su fruto desde aquel mismo día: las damas y damitas de la Corte, a partir de entonces, no emplean en su tocador otros productos que los elaborados por la PERFUMERIA FLORALIA, decisión que, a decir verdad, habla mucho en honor del buen gusto que acompaña a las damas y damiselas que forman la Corte de la linda «Flor-de-Cardo».

X.

LAS SEÑORAS DISPONEN

HOY DE UNA FÓRMULA ABSOLUTAMENTE CIENTÍFICA PARA BORRAR POR COMPLETO EL BRILLO Y LAS ARRUGAS DEL CUTIS. DICHA FÓRMULA ADMIRABLE SE HALLA CONTENIDA EN LA

CREMA

"FLORES DEL CAMPO"

CAJA: 4,50 PESETAS

ÚLTIMA CREACIÓN DE "FLORALIA"

tra vida nos enseña a ahorrar ese sufrimiento a las demás personas. Pero si no te he librado de padecer antes, quiero ahora premiarte por lo que has sufrido con tu madrastra. Tú has visto pasar por aquí, hace un momento, al Rey...

«Flor-de-Cardo» abrió aún más la boca; enarcó las cejas, de asombro; preguntó, sin voz casi:—Pero, ¿era el Rey?—Y luego rompió a llorar nuevamente.

El Hada prosiguió:

—El Rey es joven, es hermoso; además, está soltero. Tú querías ser de buena gana la mujer que ese Rey elija para reina, ¿no es así? Pues nada más fácil...

La niña dejó de llorar, estupefacta, pudo articular apenas:—Pero, ¿cómo?

El Hada, entonces, sacó de bajo el manto un envoltorio, y de éste unas suntuosas vestimentas.

«Flor-de-Cardo» no sabía si estaba soñando. Se dejó vestir por su bienhechora, sin despegar los labios. Pero cuando el Hada le puso delante un espejillo para que juzgase por sí misma, la pobre muchacha arrojó a tierra el espejo llorando más que nunca. Cuando pudo reprimir el llanto, con voz entrecortada de suspiros, dijo:

—Tú eres muy buena, viejecita; pero ¿cómo me voy a presentar ante el Rey con las manos deformadas por el trabajo? Tengo la piel pecosa y áspera. No, no; el Rey no me querría...

El Hada, que hasta ese momento había escuchado con sonrisa bondadosa, extrajo de uno de

Ya empieza la época en que debe usted usar el

SUDORAL

SEÑAS QUE DEBEN TENERSE SIEMPRE PRESENTES

ALTISENT Y C.^{IA}

CAMISERIA Y ROPA BLANCA FINA
ULTIMAS NOVEDADES

Peligros, 20 (esquina a Caballero de
Gracia). — MADRID

CASA SERRA (J. González)

ABANICOS, PARAGUAS, SOM-
BRILLAS Y BASTONES



Arenal, 22 duplicado

Compra y venta de Abanicos
antiguos.

BICICLETAS, MOTOCICLETAS, ACCESORIOS.
REPRESENTANTES GENERALES
DE LA

FRANÇAISE DIAMANT Y ALCION
BICICLETAS PARA NIÑO, SEÑORA
Y CABALLERO.

Viuda e Hijos de C. Agustín

Núñez de Arce, 4.—MADRID.—Tel. 47-76

LA CONCEPCIÓN SANTA RITA

Arenal, 18.

Barquillo, 20.

Teléfono, 53-44 M.

Teléfono, 53-25 M.

LABORES DE SEÑORA

SEDAS PARA JERSEYS Y MERCERIA

Gran Peletería Francesa

VILA Y COMPAÑIA S. en C.

PROVEEDORES DE LA REAL CASA

FOURRURES
MANTEAUX

CONSERVACION
DE PIELS

Carmen, núm. 4.—MADRID.—Tel. M. 33-93.



EL LENTE DE ORO

Arenal, 14.—Madrid

GEMELOS CAMPO Y TEATRO
IMPERTINENTES LUIS XVI

CEJALVO

CONDECORACIONES

Proveedor de la Real Casa y de los Ministerios

Cruz, 5 y 7. — MADRID

ETABLISSEMENTS MESTRE ET BLATGÉ

Articles pour Automobiles et tous les Sports.

Spécialités: TENNIS — ALPINISME
GOLF — CAMPING — PATINAGE

Cid, núm. 2. — MADRID — Telf.º S. 10-22.

HIJOS DE M. DE IGARTUA

FABRICACION de BRONCES
ARTISTICOS para IGLESIAS

MADRID.—Atocha, 65.—Teléfono M. 38-75
Fábrica: Luis Mitjans, 4. — Teléfono M. 10-34.

RAFAEL GARCIA

GRAN FABRICA DE CAMAS DORADAS
— MADRID —

Calle de la Cabeza, 34. — Teléfono M. 9-51

MADAME RAGUETTE

ROBES ET MANTEAUX

Plaza de Santa Bárbara, 8. — MADRID

CASA JIMENEZ - Calatrava 9

Primera en España en

MANTONES DE MANILA

VELOS y MANTILLAS ESPAÑOLAS
SIEMPRE NOVEDADES

Viuda de JOSÉ REQUENA EL SIGLO XX

Fuencarral, núm. 6. — Madrid.

APARATOS PARA LUZ ELECTRICA—VAJILLAS DE TODAS
LAS MARCAS—CRISTALERIA—LAVABOS Y OBJETOS
— PARA REGALOS

NICOLAS MARTIN

Proveedor de S. M. el Rey y AA. RR., de las
Reales Maestranzas de Caballería de Zaragoza
y Sevilla, y del Cuerpo Colegiado de la Nobleza,
de Madrid.

Arenal, 14. Efectos para uniformes, sables
y espadas y condecoraciones.

LONDON HOUSE

IMPERMEABLES—GABANES—PARAGUAS
BASTONES—CAMISAS—GUANTES—CORBATAS
CHALECOS

— TODO INGLÉS —

Preciados, 11. — MADRID

HIJOS DE LABOURDETTE

CARROCERIAS DE GRAN LUJO — AUTOMOVI-
LES DANIELS — AUTOMOVILES Y CAMIONES
ISOTTA FRASCHINI

Miguel Angel, 31.—MADRID.—Teléfono J. - 723.

Acreditada CASA GARIN

GRAN FABRICA DE ORNAMENTOS PARA
IGLESIA, FUNDADA EN 1820

Mayor, 33. — MADRID — Tel.º 34-17

Sucesores de Langarica

SASTRES

Carmen, 9 y 11. — MADRID.

EUGENIO MENDIOLA

(Sucesor de Estolaza)

FLORES ARTIFICIALES

Carrera de San Jerónimo, 38.

Teléfono 34-09. — MADRID.

JOSEFA

CASA ESPECIAL PARA TRAJES DE NIÑOS
Y LAYETTES

Cruz, 41.—MADRID

LUIS R. VILLAMIL

AUTOMOVILES

MARMON :: NASH :: ESSEX

Alcalá, 62. — MADRID — Telf. S. 586.

Fábrica de Plumas de LEONCIA RUIZ

PLUMEROS PARA MILITARES Y CORPORACIONES

LIMPIEZA Y TEÑIDO DE PLUMAS Y BOAS
ESPECIALIDAD EN EL TEÑIDO EN NEGRO

ABANICOS—BOLSILLOS—SOMBRILLAS—ESPRITS
Preciados, 13.—MADRID—Teléfono 25-31 M.

LA MUNDIAL

SOCIEDAD ANÓNIMA DE SEGUROS

— DOMICILIO: —

MADRID | Alcalá, 53

Capital social... { 1.000.000 de pesetas suscrito.
505.000 pesetas desembolsado.

Autorizada por Reales órdenes 8 de
julio de 1909 y 22 de mayo de 1918.

Efectuados los depósitos necesarios.
Seguros mutuos de vida. Superviven-
cia. Previsión y ahorro. Seguros de
accidentes ferroviarios.

Autorizado por la Comisaría general de Seguros.

LE MONDE ELEGANT ET ARISTO-
CRATIQUE FREQUENTE LE HALL DU
PALACE - HOTEL DE 5 A 7 1/2

CASA APOLINAR

-- GRAN EXPOSICIÓN DE MUEBLES --

Visitad esta casa antes de comprar.

INFANTAS, 1 duplicado. TELEFONO 29-51

LOS MAGNATES DEL SALON AZUL

La reciente visita de los Reyes de España a Bélgica, tan satisfactoria para los españoles por todos conceptos, ha hecho que ambos países comiencen a conocerse más a fondo y se interesen más por las cosas que a uno y a otro se refieren. Nuestros Soberanos se han puesto allí en contacto con la familia real, con la nobleza y con el pueblo de Bélgica; y las figuras prestigiosas de unas y otro han empezado a sernos familiares.

Conocidos son los Reyes Alberto e Isabel y sus hijos y otras personas de la misma augusta familia, como la princesa Clementina, hija del anterior Rey Leopoldo, casada con el príncipe Napoleón; como la actual duquesa de Vendome, hermana del Rey Alberto, y como la princesa Carlota, hermana del anterior Monarca y esposa que fué del Emperador Maximiliano de Méjico; en el recuerdo de todo el mundo está la epopeya gloriosa del pueblo belga, patriota como el que más, hasta los límites más avanzados de la abnegación y el sacrificio. Resta sólo fijar un poco la atención, para completar una breve idea de lo que es socialmente aquel país, en las familias de la nobleza, coparticipes en la obra de la defensa nacional. Rendir un elogio a sus linajes y a su labor actual, es obra de justicia. Dar a conocer detalles de sus familias y sus patrimonios, es contribuir de algún modo a la obra de mutuo conocimiento entre las dos naciones.

En nuestro país nadie ignora que la parte más ilustre de la nobleza está constituida por los Grandes de España, que gozan en Palacio de determinadas prerrogativas. En Bélgica, la clase análoga a la de nuestros Grandes la forman los magnates que tienen entrada en el Salón Azul. Y así como nuestros nobles titulados con grandeza tienen derecho a permanecer cubiertos ante SS. MM. y, si poseen la llave, a complimentar a los Reyes sin previa audiencia, en Bélgica dichos magnates tienen el privilegio de poder entrar, sin previo aviso también, en el Regio Salón Azul.

Es esta una suntuosa estancia decorada con damascos azules, cuyos muebles armonizan con ese color. Se halla inmediata a las habitaciones de recibo particulares de los Soberanos; un salón análogo a lo que es la regia cámara en el Alcázar de la plaza de Oriente.

Cuatro son, en primer término, las familias nobles cuyos miembros tienen libre acceso al Salón Azul—o sea, cuyos miembros se hallan en inmediato contacto con los Reyes, siendo considerados como representantes de los más ilustres linajes—: las de los príncipes de Ligne, los príncipes de Croy y Solre, los duques D'Ursel y los condes de Merode. También tienen entrada, los príncipes de Caraman Chimay y los condes de Quirémont.

Antes figuraba en primera línea la Casa de los príncipes de Arenberg, título que actualmente podrían ostentar, si quisieran, por pertenecerles, los duques españoles de Fernán Núñez.

Tales aristócratas, en unión de otros, de antiguo abolengo también, como los condes de Grunne, los de Liedekerke, los de Cornet, de Waysruact, de Pret, de Lannoy, de Bousies, de Snoy, de Meens, y de Marnix, los barones de la Faille, de Traux de Wardin y de Borchgrave y algunas otras familias, forman lo más distinguido de la nobleza belga, que ha rivalizado ahora con Reyes y pueblo, en demostrar a nuestro Don Alfonso XIII que Bélgica es una nación que sabe ser agradecida.

La casa de Ligne es una de las de más antiguo abolengo. Su jefe actual, príncipe Ernesto Luis, ostenta además los principados de Amblise y de Epinoy, y posee, entre otras altas condecoraciones, la gran cruz de Carlos III desde que asistió en Madrid, representando a su Rey, a las fiestas de la coronación de Don Alfonso XIII. Ahora, él y su esposa, la princesa Diana de Cossé Brissac, han demostrado en Bruselas a nuestros Reyes que los príncipes de Ligne saben seguir siendo verdaderos amigos de España.

La gran casa católica de Ligne, cuya mansión solariega es el castillo de Beloeil, cerca de Mons, en Bélgica, procede de la antigua nobleza feudal del Hainaut y toma su nombre de la aldea de Ligne, en cuyos alrededores se alza el castillo. Este palacio posee un archivo en el que figuran

muchos interesantes recuerdos de España: manuscritos de Carlos V, cartas de distintos reyes españoles a los príncipes de Ligne y otros documentos.

El origen de la casa se remonta a los Reyes de Bohemia, según todas las probabilidades. Con certeza, sin embargo, no se advierte el arranque fundadamente hasta el siglo X, con Dietrich, barón de Ligne. Dos siglos más tarde, Wanthier, su descendiente, poseedor del mismo título, tomó parte en la conquista de Constantinopla. Entre sus sucesores figuraron: Juan II, señor de Roubaix, mariscal de Hainaut; su hijo Antonio, llamado por su valor el «Gran Diabolo de Ligne», que recibió del Rey Enrique VIII de Inglaterra el principado de Mortagne; su nieto Jaime, ya conde de Ligne, que fué embajador de Felipe II en Polonia y recibió de este Monarca la Grandeza de España, siendo después honrado por Rodolfo II con el principado y otras mercedes; su nieto Claudio Lamoral, que fué Virrey de Sicilia y embajador del Rey de España en Inglaterra; el famoso príncipe Carlos José de Ligne, feldmariscal del ejército austriaco, que conquistó su reputación en la guerra de los Siete años; y ya más recientemente, el príncipe Eugenio Lamoral, político y diplomático belga, figura de relieve en su país y caballero de la orden española del Toisón de oro. Fué tal la importancia de este príncipe de Ligne, como hombre público, que en 1830 numerosos partidarios suyos presentaron su candidatura al Trono de Bélgica. El se opuso entonces a que la candidatura pros-

perase, dejando libre el camino a la del príncipe Leopoldo, y siguió figurando en primer término entre los diplomáticos de su nación.

Nieto de este príncipe de Ligne es el actual jefe de la casa, que sucedió a su hermano mayor el príncipe Luis, muerto hace cuatro años sin sucesión masculina.

El príncipe Ernesto y la princesa Diana tienen cinco hijas y un solo hijo, pues otro era el príncipe Beaudouin que murió gloriosamente en el campo de batalla durante la pasada guerra. Las hijas son las princesas: Juana, esposa del conde de Moustier; Isabel, casada con el príncipe de Croy; Enriqueta, por su enlace vizcondesa de Chabot; Beatriz, esposa del conde de Lannoy, y Teresa, que permanece soltera. El único hijo varón que vive, de los príncipes de Ligne, es el príncipe Eugenio, que cuenta treinta años y es, en la actualidad, secretario de la embajada de Bélgica en Madrid.

El príncipe Eugenio, que durante la guerra fué teniente del primer regimiento de Guías, casó hace cinco años con la princesa «Philippine» de Noailles, hermana del actual jefe de la casa príncipe Enrique de Poix, duque de Mouchy, grande de España por concesión hecha en 1749 al duque de Mouchy. De este enlace han nacido: un niño, que tiene cuatro años, una niña que tiene dos y otra niña que sólo tiene unos meses... y es madrileña. Los príncipes Eugenio de Ligne han conquistado en Madrid muchas simpatías.

Los representantes de otra noble familia belga son los duques de Croy, que tienen el tratamiento de alteza y cuyos hijos son príncipes. El duque Carlos de Croy, que es también príncipe de Solde y conde de Chimay, ha sido el noble puesto al servicio de Don Alfonso XIII durante su estancia en Bruselas. Se halla casado con una distinguida dama norteamericana, Mrs. Nancy Leishman y tiene tres hijos. Su madre, la duquesa viuda Ludmille de Croy, pertenece a la casa de los príncipes de Arenberg y su castillo de Auerghem, cerca de Bruselas, es constantemente centro de reunión de la alta sociedad belga.

La familia de Croy, católica, tiene su feudo en la ciudad de Dulmen, en Westfalia, y desciende de la antigua Casa Real de Hungría.

Los duques D'Ursel—tercera casa que tiene derecho de entrada en el salón azul—pertenecen a la casa de Schetz, originaria de Franconia y residen habitualmente en su palacio de Ginebra, en la provincia belga de Amberes. Los hijos ostentan el título de conde.

El duque Roberto de Ursel es senador en su país y burgomaestre de Hingene. Su esposa es la duquesa Sabina, hija de los condes de Franqueville. El único hermano del duque era el conde Wolfgang, teniente del segundo regimiento de Guías, que pereció en el combate de Budingem, cerca de Saint Froud, el 18 de agosto de 1914, o sea a los pocos días de la invasión alemana.

Los duques D'Ursel tienen tres hijos, el mayor de los cuales, conde Enrique, ha compartido con sus ilustres padres el honor de representar a la familia Ursel en las fiestas celebradas en honor de los Reyes de España. Los demás miembros de esta familia son muy numerosos.

Los condes de Merode no son menos ilustres. El jefe actual de la casa, conde Carlos, ostenta, además, los títulos de príncipe de Griemberghe y de Rubempré y marqués de Westerloo. Su origen se remonta a Werner II, noble señor de Colonia en el siglo XII. El título de marqués de Westerloo fué concedido por Felipe II.

Se halla casado el conde de Merode con la princesa Margarita de Lagniche, joven y bella dama—también él es joven—que ha brillado mucho en las recientes fiestas.

Tanto estas cuatro ilustres familias de que someramente he hablado, como las demás antes citadas, se hallan enlazadas entre sí frecuentemente. Una princesa de Croy, por ejemplo, es la princesa viuda de Merode y una condesa de Ursel, no hace mucho fallecida, fué esposa de un príncipe de Croy, ya muerto también.

La nobleza belga, reunida en torno de sus Reyes y compenetrada con ellos, es un timbre más de que puede enorgullecerse la laboriosa y progresiva nación hermana.

BELLAS POESIAS EXTRANJERAS

ROMANZA SIN PALABRAS

Pesa un infinito
tedio en la llanura,
donde es como arena
la nieve insegura.

El cielo es de cobre,
sin luz, y sugiere
que la luna en él
vive un punto y muere.

Como nubes, grises,
flotan las cenizas
en lluvia que anega
las tierras vecinas.

El cielo es de cobre,
sin luz, y sugiere
que la luna en él
vive un punto y muere.

Escualdidos lobos,
corneja siniestra,
rudo sopla el cierzo:
¿qué suerte es la vuestra?

Pesa un infinito
tedio en la llanura,
donde es como arena
la nieve insegura.

Paul Verlaine.

(Traducción de Enrique Díaz Canedo.)

LA VILLA MOURISCOT

CASA BALDUQUE

Bombones selectos

Helados :- : Salón

-:- :- de te :- :-

Serrano, 28

DIEGO DE MIRANDA

DE LAS MEMORIAS DE UN POLICIA FRANCÉS

RASGOS DEL REY DE ESPAÑA

En el *Pearson's Magazine* publicó no ha mucho M. Javier Paoli, comisario de Policía, encargado por el Gobierno francés, durante muchos años, de la custodia de todos los monarcas que visitaban Francia, una serie de recuerdos interesantes, dedicando su primer artículo a Don Alfonso XIII, al cual conoció en 1905, cuando el soberano español hizo su primera visita oficial a aquel país.

«Su buen humor—escribe Paoli—era tan inagotable como su actividad física, hasta el punto de que nos era difícil seguirle. Unas veces corriendo de una ventanilla a la otra, para «no perder nada», como decía riendo; otras, apoyándose en el respaldo de una butaca o columpiando los pies sentado en una mesa; en ocasiones, paseándose de un extremo a otro del vagón, con la manos en los bolsillos y el eterno cigarrillo entre los labios, nos dirigía preguntas sin cesar. Quería saberlo todo, aunque no ignoraba la mayoría de las cosas, y siempre estaba alegre, inquieto, con una inquietud espiritual muy juvenil; era lo que se llama un muchacho simpático, y al mismo tiempo rey.

Durante su primera estancia en París vi poco a Don Alfonso, porque tuve que dedicarme a un servicio urgente y especial. Debido a ello, en la estación me separé del soberano, y no recobré mi puesto en la comitiva hasta el momento de su partida. Los anarquistas se conoce que ignoraban este detalle, porque diariamente estuve recibiendo anónimos con amenazas más o menos vagas contra la persona del regio visitante.

Uno de los anónimos llegó a mis manos—continúa diciendo Paoli—en el momento mismo de ir a la función de gala en la Opera, y me chocó más que ninguno por la sencillez del aviso que contenía, aviso desprovisto de los insultos que ordinariamente acompañan a esta clase de comunicaciones.

Decía así: «A pesar de todas las precauciones, el rey de España debe tener cuidado al salir esta noche de la Opera.»

Dada la vigilancia estrechísima que habíamos establecido, yo estaba seguro de que un atentado era imposible, salvo la humanamente inevitable agresión individual, que nunca hay manera de frustrar. Un presentimiento de que esto último iba a ocurrir me hizo permanecer junto a la portezuela del carruaje, a la salida del teatro, con la pistola en el bolsillo, ya montada, y como un transeunte cualquiera, naturalmente.

Arrancó el coche, rodeado del escuadrón de caballería, a cuyo jefe se le habían dado órdenes muy severas; pero, a pesar de eso, el atentado tuvo lugar, como se recordará, en la esquina de las calles de Rohan y de Rivoli.

Don Alfonso y M. Loubet se salvaron milagrosamente, y recuerdo la serenidad asombrosa de que dió pruebas el joven monarca en aquellos momentos, verdaderamente trágicos. Con una sonrisa, con su sonrisa habitual, tan simpática, muy tranquilo, muy dueño de sí, me dijo:

—He recibido el bautismo de fuego. Y, créame usted, me ha impresionado menos de lo que yo imaginaba que estas «cosas» debían impresionar.

Y, efectivamente, en sus palabras había una absoluta sinceridad. Yo mismo pude comprobarlo más tarde; a Don Alfonso XIII le inspira un gran desprecio el peligro; desprecio sin jactancia, sin «pose». Como el difunto rey Humberto, considera que el asesinato es una de las quebras que tiene el oficio de rey.

En Hendaya, y éste es otro aspecto muy marcado del carácter del monarca español, ocurrió un incidente graciosísimo. Por una coincidencia estaba a punto de llegar el tren del rey de Portugal, que también iba a hacer una visita oficial a Francia. En el andén hallábanse las autoridades y las tropas para rendir honores al nuevo huésped, y la inesperada llegada de Alfonso XIII, que iba de medio incógnito, los desconcertó a todos en absoluto, porque la situación era... difícil. ¿Se ofendería el soberano español si veía que no le esperaban a él? Para salir del paso, y en vista de que aún no llegaba el tren del rey de Portugal, el prefecto ordenó que se rindiesen honores a Don Alfonso; las tropas presentaron armas y la música entonó la Marcha Real, todo ello con un azoramiento muy visible... Pero Don Alfonso, que sabía la situación, se asomó a la ventanilla, diciendo, a la vez que hacía un ademán muy afable y muy expresivo:

FE, ESPERANZA Y CARIDAD

Fe, Esperanza y Caridad
Son virtudes teologales...
son tres, en bondad iguales
cuando las tres son verdad.

La Fe es ciega, si no vé
con la luz de la razón,
si carece de opinión
y tan sólo toma pie
para seguir su camino
en la creencia inocente
que le hace ver un destino
en lo que dice la gente;
mas si a fuerza de creer
sin ver nunca realizadas
sus ilusiones, fundadas
en lo que no puede ver,
se decide a abrir los ojos
y halla en su creencia enojos,
deja al fin de ciega ser...
y así, pasando los años,
a fuerza de desengaños
sólo cree lo que vé

La Esperanza, se mantiene
de lo que pasión halaga
y marcha siempre a la zaga
de lo que puede venir;
tan sólo puede vivir
de aquello que nunca tiene
pues si alguna vez lo obtiene
tiene al punto que morir.
Su vida así, sólo cuenta,
el tiempo que espera en vano...
No hay ningún poder humano
que alargue su vida lenta
y si su bien nunca alcanza
se muere de desengaños
cuando pasando los años
deja de ser esperanza.

La Caridad, ¡santa Dios!
de las tres virtudes, es
la más bella de las tres
y en valor la más preciosa
porque sin duda no hay cosa
que supere al bien querer
y caso no puede ser
que el que tiene caridad
cometa alguna maldad;
mas no llega su poder
a vencer la ingratitud
que es vicio contra virtud
que no destruye el amor...
Y con pena y con dolor
la caridad se marchita
y se muere la bendita
no pudiendo hacer mejor!

Y así verás en verdad
cómo pasando los años,
se acaban, por desengaños
Fe, Esperanza y Caridad.

Leopoldo de Selva.

—¡Gracias, señores, gracias! Ya sé que no están ustedes aquí por mí, sino por mi vecino.

Javier Paoli cuenta lo mucho que le gusta al rey dar bromas a las personas que no le conocen, y a propósito de esto refiere algunos lances muy curiosos.

En la época que estuvo en Biarritz haciendo el amor a la futura reina de España, salió un día en automóvil, y al llegar a Cambo entró en la estafeta de Correos para enviar unas postales.

—Perdón, señora—le dijo a la mujer encargada de la estafeta—. ¿Sabe usted si vendrá hoy por aquí el rey de España?

—No lo sé—repuso, indiferente, la interrogada.

—¿Le conoce usted de vista?

—No, señor.

—Dicen que es muy simpático.

—Eso he oído, que es muy simpático y muy valiente. ¡Ah!, y que ahora, además, está enamorado...

—¡Lo último, sobre todo... si creo que es verdad!—exclamó el rey.

La buena mujer no sospechó nada; pero cuando Don Alfonso le hubo entregado las postales y se retiró, leyó las señas, viendo que estaban dirigidas a la reina madre en San Sebastián, a la infanta Paz, a la infanta María Teresa y al presidente del Consejo de Ministros.

—¡Oh mon Dieu!—exclamó entonces la buena mujer—. ¡Pues si era el mismo rey!

Otra aventura de aquella época, y muy graciosa, le ocurrió en Dax.

Una mañana llegó Don Alfonso a aquel punto cansado de una larga excursión en automóvil, y decidió regresar en tren.

Acompañado del embajador Sr. Quiñones de León, se dirigió a la cantina de la estación, porque Su Majestad llevaba un apetito más que regular... Desgraciadamente, la cantina estaba muy mal provista. Cuando los dos compañeros de viaje agotaron las existencias en un tentempié, que se redujo a unos huevos cocidos y sandwiches, por cierto de una antigüedad dolorosa, el rey, cuyo apetito distaba mucho de hallarse satisfecho, llamó a la cantinera, una mujerona bearnesa que parecía un luchador, y le preguntó si tenía algo más que darles.

La gigante hizo un gesto de duda: miró y remiró escrutadoramente a los dos parroquianos y, al fin, repuso, casi solemne:

—Sí: tengo un «pâté de fois-gras»; pero les advierto que es muy caro.

—No le importe; tráigalo—dijo el rey.

El «foie-gras» no estaba muy fresco; pero, con gran asombro de la bearnesa, los dos excursionistas dieron cuenta de él a escape, hasta el punto de... rebañar la terrina. Satisfecha de la venta, de los cinco francos de propina y animada por el bullicioso buen humor del rey, la gigante se sentó a su lado y le habló de su marido, de sus hijos, de sus achaques, de sus disgustos con su madre política y de otra porción de cosas análogas, dirigiéndole preguntas, a su vez, con maternal solicitud y dándole muy sabios y cristianos consejos, que Don Alfonso oía con mucha atención y reverencia...

Algún tiempo después Su Majestad volvió a pasar por allí en el tren, y al detenerse en la estación dijo:

—Un momento, señores. Tengo una amiga aquí, en Dax. Voy a enseñársela: ¡es encantadora!

Y no hay para qué decir el cómico asombro de la cantinera cuando reconoció en el rey a su antiguo amigo, al del «foie-gras». —(De *La Nación*)